

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La Casa de la Moneda

La Casa de la Moneda es la institución donde en Riontina emiten el papel moneda del país, respaldado por el correspondiente valor en lingotes de oro. Es decir, ni más ni menos que en cualquier otro país del mundo. Lo que ya no es tan corriente es que un país emita DOS SERIES de billetes iguales, en este caso por un valor de mil millones de pesos riontinos cada serie. Esto crea un peligroso conflicto, pues una de esas series va a parar al vecino país de Zocoguay, que con pleno derecho y legalidad, exige que le cambien esa emisión de billetes por su valor en oro. Si Riontina cede, el país queda arruinado. Si no cede, la guerra es inevitable… Y ninguna de las dos «soluciones» es de mi agrado. Y además, está la pregunta inevitable: ¿quién ha impreso DOS series iguales de billetes y ha puesto una de ellas en manos de los dirigentes de Zocoguay?



Lou Carrigan

La Casa de la Moneda

Brigitte en acción - 295

ePub r1.0
Titivillus 22.06.2018

Lou Carrigan, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte

EN ACCION



Preludio

—¿Te gusta? —preguntó Ana Borrero.

Manteniéndola todavía abrazada, Raymond Hackman echó un rápido vistazo a su alrededor, y asintió apresuradamente:

—Oh, sí, sí, es una casita preciosa… ¡Un lugar encantador!

—Me parece —rio ella— que no te has fijado demasiado.

—La verdad es que no… Solo tengo ojos para ti.

—Pues mírame —susurró ella.

No se miraron, sino que cerraron los ojos mientras se besaban, largamente. El amor estaba sumergiéndolos en una hoguera… Allá en el fondo de su mente, había como una campanita de alarma que tenía un tanto inquieto al agente de la CIA Raymond Hackman. Sí, la campanita estaba sonando, pero el espía no quería oiría. Se negaba a oírla, pese a que su instinto le había fallado muy pocas veces.

Apretó con sus manos los senos de Ana Borrero, que gimió, dejó resbalar su boca hacia el cuello de él, y quedó abrazada fuertemente a Hackman, suspirando a cada beso, a cada caricia.

La campanita de alarma seguía sonando en la mente del espía, pero cada vez más débilmente, cada vez más lejana.

—Ray —gimió ella—… Ray, suéltame… Por favor…

Hackman dejó de acariciar el hermoso cuerpo de la muchacha, que se apartó, y bajó la mirada cuando él buscó sus ojos.

—Ana, no tienes que hacerlo si no quieres —susurró Hackman —. No quiero que te sientas obligada a nada, ni mucho menos, forzada… Si hemos venido aquí, es porque… porque tú has querido. Pero si has cambiado de deseos…

Ella no contestó. Estuvo unos segundos mirándolo fijamente, y de pronto, dio media vuelta y desapareció hacia el fondo de la casita aislada, silenciosa. Tan aislada que ni siquiera había teléfono… La voz de ella le llegó desde el fondo de la casa.

—Ray, ¿quieres preparar un poco de *whisky*, por favor?

—Por supuesto.

Hackman miró alrededor, vio el pequeño mueble-bar, lo abrió y vio la solitaria botella de *whisky*. Sirvió en dos vasos, los colocó sobre una mesita y miró hacia el fondo de la casa.

—Servidos, Ana —informó.

—Tráelos, por favor.

El agente de la CIA alzó las cejas, vaciló, y finalmente tomó los dos vasos y fue en busca de la muchacha…

La encontró en un pequeño dormitorio, en el cual había una vieja cama de barrotes de hierro. Ana Borrero estaba sentada, encogida tímidamente, en el borde de la cama… Estaba completamente desnuda, y cuando Hackman quedó como clavado al suelo, ella sonrió, y bajó de nuevo la mirada.

Raymond Hackman suspiró profundamente, se acercó a Ana, y le tendió uno de los vasos.

Ella alzó la mirada, tomó el vaso, y murmuró:

—¿No vas a desnudarte?

Hackman se inclinó, besó a Ana en un hombro, y luego en el cuello… Su boca fue descendiendo, se deslizó por los erguidos senos, que se estremecieron. Todo el cuerpo de Ana parecía a punto de estallar, tenso, bellísimo, ardiente.

—Ray —jadeó—… Ray, por favor… ¡Por favor!

Raymond se irguió, retrocedió un paso, y se llevó la mano a la corbata… Entonces se encontró con que todavía tenía el vaso de *whisky* en la mano. Ana Borrero rio dulcemente. Hackman sonrió como pudo, se bebió el *whisky* de un trago, dejó el vaso sobre la mesita de noche, y se quitó entonces la corbata. Y la chaqueta…

Estaba desabrochándose el cinturón cuando se dio cuenta, de pronto, se que Ana, inmóvil, le contemplaba expectante. Miró el vaso, que ella sostenía como olvidada de él.

—¿Tú no bebes? —susurró el espía.

Ana Borrero no contestó.

El ceño de Raymond Hackman se frunció. Ella seguía mirándolo fijamente… Hackman gruñó algo, dio un paso hacia la muchacha, llevando la mano hacia su revólver…, y justo entonces, la cabeza le dio un millón de vueltas en un instante.

Al instante siguiente, Raymond Hackman se encontró tendido de

bruces en el suelo… ¿O quizás estaba flotando sobre nubes de color negro? Alzó como pudo la cabeza, y vio los preciosos pies de Ana Borrero, que continuaba sentada en la cama.

Un pensamiento llevó mil escalofríos de miedo al cuerpo de Raymond Hackman:

«Me ha envenenado —pensó—… Por eso… me ha… traído… a este lugar…». Intentó levantarse, pero al hacer el pequeño esfuerzo de alzar un poco más la cabeza, esta pareció saltar de sobre sus hombros, salir despedida hacia el espacio sin fin, dando vueltas en un mundo cada vez más negro, más negro, más negro… Vueltas, y vueltas, y, vueltas…, hasta que el alucinante viaje terminó.

1

Casi le daba vueltas la cabeza, debido a la emoción.

Los altavoces del aeropuerto acababan de anunciar la llegada del avión que estaba esperando, y al oírlo, además de aquel brusco salto del corazón, casi se sintió mareado.

A algunas personas esto podría parecerles exagerado, y, realmente, esta reacción de Rafael Sanabria no hacía sino demostrar la realidad de su carácter temperamental, apasionado. Pero, de todos modos se podía disculpar a Rafael, el jefe de los servicios secretos del estado suramericano de Riontina, ya que en aquel avión llegaba la persona que más admiraba en el mundo; tener contacto con aquella persona, conocerla, había sido uno de los más descabellados sueños de Rafael.

Pero, hasta los sueños más descabellados pueden cumplirse alguna vez, y el de Sanabria estaba a punto de cumplirse. ¿Quién llegaba en aquel avión recién anunciado? Pues, ni más ni menos que la sin par agente «Baby» de la CIA, la espía profesional norteamericana, de la que se contaban tantas cosas en los círculos de espionaje que no podían ser verdad. Sí: debían de ser fantasías. Ya se sabe que la gente es dada a exagerar, a fantasear sobre hechos, cosas y personas…

De todos modos, no valía le pena hacer más cábalas. Dentro de muy pocos minutos, Rafael Sanabria vería a Baby, podría formarse una opinión inicial sobre ella, y, en pocos días más, tendría la prueba de si realmente era infalible, implacable e invencible.

«—Dicen que es muy hermosa —pensó Rafael—, pero igual resulta ser un loro. Sí, debe de ser fea, porque una mujer tan hermosa como dicen que es no puede ser una buena espía: demasiado llamativa».

Sin saberlo, Rafael Sanabria estaba elaborando la misma errónea opinión que, muchos años atrás, habían emitido los señores que

formaban el Consejo de la CIA cuando el jefe del Sector New York, un tal Charles Alan Pitzer, había presentado como candidata directa para el Grupo de Acción a la señorita Brigitte Montfort, casi recién salida de la universidad de Columbia, empleada ya en el diario matutino *Morning News*, de Nueva York… Demasiado hermosa, Pitzer, habían dichos los señores del Consejo. Demasiado llamativa. Años más tarde, los muy importantes señores del Consejo continuaban felicitándose a sí mismos por haber atendido a Pitzer, y por haber concedido una oportunidad directa e inmediata a la candidata Montfort…

—Los señores pasajeros del vuelo 201 de Varig, procedente de Rio de Janeiro, saldrán por la puerta número dos —anunciaron los altavoces.

Rafael Sanabria casi corrió hacia la puerta número dos de las salas de llegadas de vuelos internacionales. En la mano izquierda llevaba un libro de poemas del poeta nacional Tadeo Fuencarral, que serviría para que Baby le identificase. Pero, claro, antes, Rafael estaba seguro de que ya la habría identificado él a ella. Veamos: una mujer de edad madura, de aspecto duro, inteligente, implacable, de modales bruscos, segura de sí misma… Pues no: no veía a ninguna pasajera que se pareciese a la imagen de Baby que él se había formado.

—Hola —saludó alguien junto a él, con voz de seda y música—. A mí también me gusta mucho Tadeo Fuencarral: es un gran poeta.

Rafael Sanabria se quedó mirando a la persona que le había hablado. Por supuesto, estaba boquiabierto. Ante él tenía a una muchacha preciosa, de cabellos rubios, ojos verdes, cuerpo escultural, piel del color del oro, boquita sonrosada…, en la que había una simpática y al mismo tiempo burlona sonrisa. Era como una visión del paraíso.

—Sí —tartamudeó Rafael—… Es… es un gran poeta…

—Recuerdo especialmente unos versos suyos que me impresionaron mucho cuando era jovencita y empezaba a estudiar el español. Creo que decían más o menos así:

Y llega el amor, sobre el ardiente viento
llega el amor, limpio, puro, luminoso llega desde muy lejos, y me habla

de la dulce ternura de tu aliento…

¡Maravillosos versos! ¿No está de acuerdo, señor Sanabria?

—¡Sí, sí, sí…! —Casi gritó Rafael.

La hermosísima rubia apenas pudo contener una carcajada.

—Me llamo Lili Connors, norteamericana. Pero si lo desea, usted puede llamarme Baby.

—¿Es… es usted…?

—No —rio ya Lili Connors—: no soy yo. Soy una espía rusa que durante el viaje ha asesinado a Baby y ha ocupado su lugar. Esto es muy propio de los rusos, ¿verdad?

—Sí… Sí, claro.

—Pues no señor, no es propio de los rusos. Los rusos no asesinan tan tontamente. Solo asesinan, igual que hacemos los demás, cuando no tienen más remedio. ¿Tiene usted coche?

—Sí… ¡Naturalmente!

—Detrás de mí hay un simpático empleado del aeropuerto esperando con mi maleta. ¿Se siente usted con fuerzas para hacerse cargo de ella y caminar hasta ese coche?

—Ya lo creo que sí… ¡Ya lo creo!

—Magnífico —volvió a reír Lili Connors—… Hágame una demostración de su vigor físico.

Rafael Sanabria iba saliendo, lentamente, del pasmo en que se había sumido al ver a la belleza rubia. Pagó al mozo, se hizo cargo de la maleta, y señaló hacia una de las puertas del edificio del aeropuerto.

—¿Quiere que le lleve también el maletín? —se ofreció.

Lili movió negativamente la cabeza, sin más explicaciones. Su maletín rojo adornado con florecillas azules estampadas solo lo llevaba ella. Así era desde hacía años, y así seguiría siendo…, hasta que la espía se retirase del servicio activo…, o la retirase una bala, una bomba, una cuchillada, o cualquier otro percance.

Poco después, acomodados en el coche, Lili miró a Rafael, ya seriamente.

—Entiendo que me están esperando ahora mismo.

—Sí.

—Pues vamos allá. Bien, dígame: ¿cuál es su opinión inicial sobre mí?

—¿Qué? —Respingó Rafael.

—Su opinión sobre mí: ¿decepcionado, sorprendido, escéptico sobre mis posibilidades…? Me gustaría una respuesta concreta.

—Pu… pues estoy… estoy sorprendido, pero no decepcionado… Un poco escéptico, eso sí. No me parece usted la persona que pueda… Bueno… ¡Pero es tan bonita…!

Lili Connors se echó a reír una vez más. Encendió un cigarrillo, y se dedicó a mirar por la ventanilla. Comenzaron a circular por la amplia autopista, que abandonaron unos cinco minutos más tarde. Pronto comenzaron a circular por una encantadora carretera flanqueada de árboles que discurría muy cerca de la playa. Hacía un sol espléndido: en el hemisferio sur comenzaba una radiante primavera. Lo cual complacía mucho a la espía internacional, después de haber estado luchando sobre nieve[1]. Era una de las ventajas de viajar: podía uno dejar el invierno para ir en busca del verano. ¿Hace frío en Suiza? *Okay*, pues se va uno a Riontina, en el hemisferio sur americano. Así de fácil.

—Estamos llegando —informó Rafael Sanabria.

Lili Connors, es decir, Brigitte Baby Montfort, asintió con la cabeza, y continuó con sus pensamientos. Pocos días antes, había abandonado Villa Tartaruga, después de permanecer en esta una semana con Número Uno.

Y apenas llegar a Nueva York, tío Charlie, su jefe de Sector y viejo y querido amigo, la había visitado en su apartamento. Motivos: un agente de la CIA, llamado Raymond Hackman, había desaparecido en Riontina, cuando estaba dedicado a una importante misión de apoyo al Gobierno de este país.

¿Muerto? No se sabía, pero, generalmente, cuando un espía deja de mantener contacto con sus jefes o compañeros la cosa presenta muy mal cariz. Y, como siempre que un agente de la CIA, un «Simón», desaparecía y se temía que hubiese sido asesinado, la agente Baby partía en su busca, para encontrarlo…, o vengarlo.

El silencio, la quietud, llegó súbitamente a la consciencia de Lili Connors. Parpadeó, miró a su alrededor, y luego a Rafael, sonriente.

—Hemos llegado —dijo este.

Ella asintió, y se apeó. Estaban en una pequeña villa a orillas del mar. Grandes árboles frondosos, arbustos de flores, una pequeña piscina… Y la casa, blanca, de tejado rojo, ventanas y persianas

pintadas de verde claro. Un lugar encantador.

La puerta de la casa se había abierto, y había aparecido un hombre, que se quedó mirando a la espléndida rubia que parecía dedicada a escuchar el canto de los pajarillos, con una leve sonrisita en los dulces labios sonrosados. Alzó la cabeza de pronto, y se quedó mirando las tres gaviotas que volaban silenciosa y majestuosamente desde tierra adentro hacia el mar; apenas movían las alas. Maravilloso… Bajó la mirada, y vio a Sanabria frente a ella, mirándola sonriente. Asintió, y se dirigió hacia la puerta de la casa. El hombre que había aparecido allí acudió a su encuentro.

—Bien venida —saludó cordialmente—. Soy Luis Pombo, secretario de La Casa de la Moneda… El señor Presidente la está esperando.

Lili tendió la mano a Luis Pombo, que se inclinó en un gesto galante y no exento de elegancia. Entraron en la casa. Un gran vestíbulo. A la izquierda, una doble puerta, completamente abierta. Pombo señaló hacia allí. Segundos después, entraban en el gran salón con ventanal hacia el mar. Había allí tres hombres más, todos puestos en pie, todos con la mirada fija en la rubia visitante, valorándola, estudiándola, midiéndola en todos los sentidos.

—Permítame presentarle a los señores Juan Navarro y Orestes Borrero, tesorero e interventor, respectivamente, de La Casa de la Moneda —presentó Luis Pombo—… Y al Presidente de Riontina, el señor Niceto Melgares.

Lili Connors fue estrechando las manos de los tres hombres, dirigiéndoles una mirada al parecer de atenta cortesía, simplemente, mientras les obsequiaba con una sonrisa y correspondía a sus amables palabras. El más joven era Orestes Borrero; debía de tener alrededor de treinta y cinco años, y resultaba atractivo. Juan Navarro y Luis Pombo rondaban los cincuenta, y eran de tipo corriente, rostros severos, ojos oscuros. Niceto Melgares, el Presidente de Riontina, resultaba un tanto más impresionante, tenía más personalidad: alto, fuerte, macizo, de hirsutas cejas grises, negros ojos penetrantes; debía de tener también alrededor de cincuenta años. En definitiva, el más joven y apuesto allí era Rafael Sanabria, que había cerrado las dos puertas del salón y había quedado de pie ante ellas, silencioso y atento.

Por supuesto, dentro de la casa, y en los jardines, debía de haber

varios de sus hombres vigilando…, como habían hecho los dos que, en otro coche, los habían seguido desde el aeropuerto, y sobre el cual, Baby no se había molestado en hacer ni siquiera un simple comentario. Conocía el juego.

—Esperamos que haya tenido usted buen viaje —dijo Melgares.

—Sí, gracias. Todo muy bien.

—Deberá perdonar las molestias que…

—Señor presidente, no estoy sufriendo molestia alguna: solo estoy trabajando. Mejor dicho: espero ponerme a trabajar cuanto antes…, a menos que mi compañero Raymond Hackman haya aparecido mientras yo estaba de viaje. ¿Ha aparecido?

—No —murmuró Melgares—. Por favor, siéntese. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. He desayunado muy bien en el avión. ¿Todo sigue igual, entonces?

—Todo sigue igual.

—¿Incluido el asunto de los mil millones de pesos riontinos?

—Incluido ese asunto —murmuró Melgares, sombrío.

La agente Baby asintió. Abrió su maletín, y del doble fondo secretísimo sacó una fotografía, que tendió a Niceto Melgares.

—No quiero que haya dudas al respecto —murmuró—. ¿Este es el hombre que ustedes conocieron como el agente de la CIA Raymond Hackman?

Melgares miró la fotografía. Era en color. Un hombre de unos treinta años, de cabellos castaños, ojos claros, facciones enérgicas y atractivas, quizás un tanto rudas. Un sujeto interesante. Melgares pasó la fotografía a los demás, pero no perdió el tiempo esperando la identificación: ni siquiera la de Rafael Sanabria, que se había acercado rápidamente.

—Es él, con toda seguridad.

Lili asintió. Miró a los demás, que estaban mirando a la vez, agrupados, la fotografía. Todos asintieron. Lili tendió la mano, y Sanabria puso en ella la fotografía, que la espía guardó en el mismo sitio.

—¿Continúan sin tener ninguno de ustedes la menor idea o noticia de cómo, cuándo y dónde pudo desaparecer Raymond Hackman?

Todos miraron a Sanabria, que, un tanto mohíno, movió

negativamente la cabeza, murmurando:

—Tengo a mis mejores hombres buscando una pista, se lo aseguro. Nada por el momento. Como es natural, dadas las circunstancias, estábamos en contacto con Hackman. Todo iba normal, cambiábamos impresiones periódicamente… De pronto, simplemente, él desapareció.

Lili estuvo unos segundos mirándole fijamente.

Por fin, asintió, y miró a Niceto Melgares, que la estudiaba con sumo interés.

—Se me informó en Estados Unidos sobre el asunto de los mil millones de pesos riontinos, pero me gustaría escuchar de ustedes una versión exacta y concreta. ¿Es posible?

—Naturalmente. —Melgares se sentó frente a ella—. Bien, como usted ya debe de saber, mil millones de pesos riontinos equivalen, al cambio oficial, a cien millones de dólares USA. Esta es una cantidad que para nuestro país resulta… fabulosa. El papel moneda emitido hasta el momento, que está en circulación por el país, alcanza la cifra de dos mil millones de pesos. En estas circunstancias, la posible aparición de otros mil millones resultaría algo así como una catástrofe nacional, pero quizá podríamos afrontarla con aceptables resultados. Sin embargo, no es ese el peligro. El peligro está en que nuestros vecinos del estado de Zocoguay aseguran tener en su poder esos mil millones de pesos riontinos en papel moneda…, y están exigiendo su conversión en oro.

—¿Y eso no es posible?

Niceto Melgares soltó un bufido, su rostro se congestionó, sus ojos lanzaron llamaradas de furia.

—¡Señorita Baby, nuestras reservas de oro son precisamente de poco más de mil millones de pesos! Si nosotros entregamos a los de Zocoguay mil millones de pesos en oro, pasaremos a ser el país más arruinado del mundo… ¡Para emitir papel moneda se ha de tener un mínimo respaldo de oro, y nosotros nos quedaríamos sin oro! Eso significaría, simplemente, que la moneda de Riontina no valdría nada, sería simple papel. Sería… sería lo mismo que si un mendigo se pusiera a imprimir o confeccionar a mano billetes y más billetes… ¿Quién aceptaría moneda emitida por un mendigo que no tenía ni siquiera un peso en oro? ¡Toda moneda ha de estar

respaldada por un mínimo porcentaje de oro bien guardado en la Tesorería del país emisor!

—Lo sé bien. De acuerdo, si ustedes entregan ese oro a los de Zocoguay, sería la ruina total de Riontina. Pero ellos tienen esos billetes, ¿no es así? Por lo tanto, se supone que tienen derecho a exigir su conversión en oro: es el peligro de dejar escapar tantas divisas al extranjero.

—¡Pero qué divisas ni qué…! —Estalló Juan Navarro—. ¡Jamás hemos dejado salir del país mil millones de pesos!

—Pero los de Zocoguay tienen mil millones de pesos, ¿no? —sonrió amablemente Lili.

—¡Dicen tenerlos, y por su actitud debemos creer que es cierto que tienen mil millones de pesos riontinos en billetes…! ¡Pero esos billetes jamás han salido de Riontina!

—Entonces… ¿cómo es que los tienen los de Zocoguay? —Alzó las cejas Lili, con lógica sorpresa.

—¡El demonio debe saberlo…!

—Seguramente. Pero aparte del demonio, debe de saberlo alguien más. Supongo que se les ha ocurrido pensar que esos mil millones en billetes pueden ser falsos.

—No son falsos —murmuró Orestes Borrero, el interventor—. Nos enviaron un fajo de cien mil pesos para que comprobásemos su autenticidad. Aquí los tengo —sacó un sobre, y de él, un fajo de billetes, que tendió a Lili—. Puede estar segura de que son auténticos.

La espía tomó el fajo de billetes, los hizo crujir entre sus deditos, pensativa, y por fin, sugirió:

—Quizá todo el dinero auténtico que tengan sean precisamente estos cien mil pesos.

—Sería una estupidez. ¿Cómo habían de amenazarnos con dinero falso? Se descubriría enseguida. Solo tendríamos que decir que muy bien, que les íbamos a dar el oro a cambio de los billetes, y cuando viésemos estos, en presencia de delegados del Banco Mundial y de la ONU, nada más fácil que demostrar su falsedad. Esto no es un juego de niños.

—Desde luego. Entonces, son billetes auténticos… ¿Qué me dice usted de la numeración y de las series? Quizá no consten en los registros de emisión de La Casa de la Moneda de Riontina.

—Claro que constan. Lo que significa que tenemos mil millones de pesos circulando por duplicado. Mil millones son los originarios, los auténticos. Los otros mil millones, son falsos.

—¿En qué quedamos? ¿Son falsos o no son falsos?

—Quiero decir que no los hemos emitido nosotros. Supongamos que tiene usted en las manos dos billetes de mil pesos, y que ambos tienen el mismo distintivo: Serie A N.º 0381977. Uno lo hemos emitido nosotros, La Casa de la Moneda. El otro, no.

—¿Pero el otro también es auténtico?

—Técnicamente, sí.

—Explíqueme mejor eso, por favor, señor Borrero.

—Bien… Los dos billetes son técnicamente perfectos, auténticos y legales: el mismo papel, la misma tinta, las mismas planchas, ni un solo defecto…

¿Cómo saber cuál es el que emitimos nosotros y cuál es el que no hemos emitido en La Casa de la Moneda? A todos los efectos, ambos billetes son auténticos, y por tanto, legales.

—Extraordinario asunto. La pregunta es: ¿cómo han conseguido los de Zocoguay imprimir esos billetes?

—No lo sabemos.

—¿No lo saben? —Se sorprendió Lili—. Vamos, vamos, señor Borrero… Debemos entender que han utilizado las planchas de La Casa de la Moneda de Riontina, ¿no es así?

—Eso es absurdo.

—Entonces, disponen de otras planchas perfectas. Y disponen también de papel, de tinta, de todo. A menos que de La Casa de la Moneda de ustedes haya sido sustraído todo ese material. ¿Ha sido así?

—No falta absolutamente nada en La Casa de la Moneda —gruñó Orestes Borrero.

—Bueno, miren —pareció mosquearse un tanto Lili Connors—, yo puedo creer que un hipopótamo vuele, pero, al menos, tengo que verle las alas, ¿no creen? Si esos mil millones de pesos han sido fabricados con material falso, son falsos. Si han sido fabricados con material auténtico, son auténticos. Puesto que son auténticos, han tenido que ser fabricados con material auténtico. Y si el material auténtico está en La Casa de la Moneda… ¿qué podemos pensar?

—¿Me permite intervenir? —susurró Niceto Melgares. Lili lo

miró sorprendida.

—Cómo no, señor Presidente.

—De acuerdo a la lógica, usted quizás está pensando que nosotros mismos hemos emitido esos mil millones. Tiene sentido, así que no la censuro por pensar eso. Pero, señorita Baby…

—Lili Connors —sonrió esta—: es más razonable que me llame así.

—De acuerdo. Pues bien, señorita Connors, iba a decirle que esa emisión fantasma de mil millones de pesos no beneficia en absoluto a Riontina, y menos aún, a nosotros personalmente. Dese cuenta de la situación: tenemos en la frontera un camión de Zocoguay cargado con mil millones de pesos en billetes «legales», a cambio de los cuales, quieren oro. Si les damos el oro, Riontina, y en consecuencia todos nosotros, quedamos en la más absoluta miseria, en la ruina total. Si no entregamos el oro, Zocoguay, que militarmente y económicamente es mucho más poderoso que Riontina, nos invadirá… Será…, o sería una guerra breve, pero muy sangrienta. Al final de ella, Zocoguay se habría apoderado de Riontina, sin remisión, con lo que de todos modos tendrían el oro, y además, serían dueños del país, absolutamente de todo. ¿Cree usted que eso puede beneficiar en modo alguno a hombres como nosotros…, o a cualquier ciudadano de Riontina, sea pobre o rico?

—No. ¡Qué barbaridad, claro que no!

—Pues no tenemos nada más que decir. Todo lo que teníamos que decir se lo dijimos ya a su compañero Raymond Hackman. Acordamos solicitar la ayuda de nuestro amigo el coloso norteamericano, y Rafael se puso en contacto con Hackman, del cual sabía, claro está, que trabaja para la CIA. Hackman se mostró razonable y desde el primer momento dispuesto a colaborar para resolver este asunto. Informó a Washington o a quien sea, dijo que había sido autorizado para investigar los preliminares del caso, y así lo hizo. De pronto, desapareció. Otro agente de la CIA buscó a Rafael Sanabria, y se interesó por el paradero de Hackman. Sorpresa para Sanabria, que nada sabía de su desaparición. El otro agente de la CIA dijo que tenía que informar a Washington… Luego, nos dijo que iba a venir la agente Baby, y se dispuso todo para que Rafael la esperase a usted en el aeropuerto. Muy bien, usted ya está en Riontina, sabe tanto como nosotros. Y ahora, yo le pregunto: ¿qué

piensa usted hacer para ayudarnos?

—¿Han dado los de Zocoguay un plazo para la entrega del oro?

—Sí. Nos quedan cuatro días. Si pasado ese tiempo ellos no tienen el oro, nos invadirán.

Lili Connors asintió, acto seguido quedó pensativa, fija la mirada en el suelo. Estuvo así un par de minutos. Por fin, alzó la cabeza, y mostró el fajo de billetes riontinos.

—¿Puedo conservarlos?

—Naturalmente.

La espía más peligrosa del mundo guardó el fajo de billetes en su maletín, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta, mirando a Rafael Sanabria, que se apresuró a caminar en su seguimiento, y se colocó a un lado de la puerta. Desde esta, Lili Connors se volvió, y lanzó una encantadora sonrisa a los cuatro importantes personajes de Riontina.

—Encantada de conocerlos, caballeros. Arreglaré las cosas con el señor Sanabria de modo que estemos en contacto. Buenos días.

2

En Tinama, la capital de Riontina, la señorita Lili Connors se despidió de Rafael Sanabria, y poco después, en un taxi, llegaba al Hotel La Cruz, donde se instaló en una *suite* preciosa, con vistas a la Avenida Magallanes, que discurría, amplia y bordeada de palmeras y flores, junto al mar, en pleno centro elegante de la ciudad.

Tuvo el tiempo justo de deshacer el equipaje y colocar sus cosas en el armario antes de que sonase una llamada a la puerta de la *suite*. Tranquilamente, fue a abrir, y se quedó mirando al hombre que estaba en el pasillo. Un tipo de estatura mediana, ojos claros, cabellos cobrizos y rostro pecoso, que sonrió simpáticamente, y dijo:

—Perdone: estoy buscando a un amigo llamado Simón… Debo de haberme equivocado de habitación.

—Pase, Simón —sonrió también Lili.

El agente de la CIA entró en la *suite*. Lili cerró la puerta, señaló uno de los silloncitos, se sentó en otro, y se quedó mirando al espía norteamericano.

—¿Nada? —murmuró.

—Nada. O está muerto, o se lo ha tragado la tierra…, lo que vendría a significar lo mismo.

—¿Tiene un cigarrillo?

Simón ofreció cigarrillos y fuego a Lili. Ya fumando ambos, Baby estuvo unos segundos pensativa, antes de preguntar:

—Desde el aeropuerto, un coche con dos hombres de Sanabria nos estuvieron siguiendo a este y a mí hasta la villa donde estaba el presidente Melgares. ¿Nos siguió alguien más? ¿Me ha seguido luego alguien hasta este hotel?

—No.

—Bien. Evidentemente, Riontina y Estados Unidos están en muy buenas relaciones, lo que explica que, en este momento de apuro,

Riontina haya recurrido a Washington para que les ayudemos a resolver el problema. Un problema grave, ya que el impago de esos mil millones de pesos en oro a Zocoguay implicaría una guerra… breve pero sangrienta, que, al parecer, tiene ya un ganador indudable. La pregunta es: ¿realmente los de Zocoguay se atreverían a la invasión armada de Riontina?

—A juzgar por las apariencias, no podemos tener la menor duda al respecto.

—¿Qué apariencias?

—Un considerable contingente de tropas de Zocoguay están realizando maniobras militares muy cerca de la frontera.

—Maniobras, ¿eh? Comprendo. Para nosotros, eso significa que están llevando a cabo una clara amenaza, con ostentación de fuerza, contra Riontina. ¿No es así, Simón?

—Por supuesto.

—¿Conoce usted a alguien de Zocoguay con el que pudiésemos sostener una conversación… razonable?

—Truman Toledo.

—Truman Toledo… ¿Quién es? Mejor dicho: ¿qué es?

—Es el secretario para Asuntos Exteriores de Zocoguay. Está estos días muy cerca de la frontera…, de «vacaciones». De todos modos es un hombre muy inteligente, razonable, y muy querido en Zocoguay. Es joven, pero muy hábil en muchos aspectos. Hasta que ha ocurrido todo este asunto era también muy querido aquí, en Riontina, donde tiene muchos y buenos amigos. Truman Toledo es esa clase de hombre que sabe hacerse querer por todo el mundo, porque siempre está dispuesto a ayudar a todo el mundo con todas sus fuerzas.

—Admirable personaje. Sin embargo, está cerca de la frontera… ¿Acaso no ha visitado al presidente Melgares para intentar resolver este asunto de un modo… más diplomático, e incluso más amistoso? Eso sería lo natural en un hombre como él, ¿no le parece?

—Ya estuvo en Riontina, y habló con Melgares y con sus más importantes auxiliares en el Gobierno.

—Ah… ¿Y qué pasó? ¿Conocemos lo que hablaron?

—Puedo resumírselo: Toledo no se avino a ninguna clase de razonamientos ni componendas; quería que le cambiasen los mil millones de pesos por oro, simplemente. Se mostró inflexible.

—¿Y eso… no es extraño en un hombre de la calidad humana y política que parece tener Truman Toledo?

—Pues… sí. Pero no olvidemos que Toledo no es el presidente de Zocoguay, y que, por tanto, estaba actuando en la línea de instrucciones recibidas de sus superiores. Pese a todo, tengo entendido que su intransigencia en este asunto fue incluso feroz.

—¿Feroz?

—Feroz. Absolutamente feroz. La impresión de fondo es que estaba apretando las clavijas a Riontina de modo que esta no tuviese la menor oportunidad de salir del problema.

—¿Diría usted que eso es normal en Truman Toledo?

—Desde luego que no.

Lili Connors quedó de nuevo pensativa, hasta terminar el cigarrillo. Simón le acercó el cenicero que había sobre una mesita.

—¿Dónde puedo encontrar a Truman Toledo? —preguntó Baby.

El espía norteamericano sacó un gran mapa muy doblado, y lo extendió sobre la mesita, tras apartar el cenicero. El mapa correspondía a Riontina, a gran escala; pero, naturalmente, fuera de sus fronteras constaban las localidades más importantes de los otros países. En una de esas localidades había una equis en rojo, que Simón señaló.

—Toledo está aquí, en un hotel llamado El Zaguayo, que tiene playa sobre el lago Argente. Naturalmente, no está solo, de modo que no parece en absoluto fácil llegar hasta él. Muy discretos, varios hombres le protegen y apoyan, mientras parece que Toledo se dedica a nadar y tomar el sol. Muy cerca, pero no sabemos exactamente el lugar, está el camión…, o cualquiera que sea el vehículo que hayan elegido, en el que están los mil millones de pesos en billetes…

—¿Es seguro que existe semejante cantidad de billetes de esa emisión fantasma en poder de Toledo?

—¿Seguro? Bueno, ninguno de nosotros los hemos visto, pero me parecería una grandiosa necedad por parte de Zocoguay estar jugando con una mentira de esa envergadura. Un mínimo de sentido común, la más elemental lógica, indican que esos billetes existen. ¿No le parecería a usted incluso estúpido que Zocoguay se hubiese… inventado esos billetes?

—Simón —le miró fijamente Baby—: ¿usted es un espía…, o un

tenedor de libros, por ejemplo?

—Soy un espía —murmuró Simón.

—¿Cuántos años hace de eso?

—Nueve.

—¿Y en nueve años aún no ha aprendido que en espionaje no hay nada estúpido, ni nada seguro, ni nada cierto, ni nada falso? ¿Aún no ha aprendido que las estupideces más grandes pueden estar encubriendo los más extraños, sorprendentes, increíbles y fantásticos planes? ¿Aún no ha aprendido que un espía no debe confiar absolutamente en nada que no haya sido comprobado por él mismo de modo total e inequívoco?

El agente de la CIA estuvo unos segundos mirando a Lili Connors con leves parpadeos de total desconcierto.

—Bueno —masculló—… Claro, estoy de acuerdo con usted, pero sigo pensando que todo eso sería una estupidez.

—¿Tiene alguna fotografía de Truman Toledo?

—Aquí, no. Pero es inconfundible. Mide apenas metro sesenta, tiene unos cincuenta años, cabellos grises muy largos, lleva lentes de gruesos cristales… Es miope como un topo. Es el sujeto más desaliñado, extravagante y simpático que pueda usted imaginarse.

—Caramba —sonrió la divina espía—… Bien, de acuerdo. ¿Así que no sabemos dónde tienen los mil millones de pesos?

—Como es lógico, unos cuantos compañeros nuestros están buscando cerca de la frontera —refunfuñó Simón—, pero hasta el momento no han conseguido nada. Además, tienen que ir con mucho cuidado, porque como le he dicho toda la frontera está llena de tropas en maniobras, así que hay una gran vigilancia… logística.

—Entiendo —casi rio Baby—… ¿Cuál es la zona exacta que ocupan esas tropas?

—También la tengo señalada en el mapa, con estos punteados en negro —señaló Simón—… Observe que ocupan una gran zona…, y por supuesto, no puede ser casualidad que las maniobras hayan determinado que esas tropas estén concentradas en los puntos fronterizos de paso de un país a otro. Digamos que en estos momentos no sería nada fácil pasar desde Riontina a Zocoguay clandestinamente. Ni siquiera por las montañas.

—Ya. Parece todo muy bien pensado y montado, ¿verdad?

—Sin la menor duda.

—¿Puedo quedarme este mapa, para estudiarlo un poco más a fondo antes de quemarlo?

—Claro que sí. ¡No me diga que piensa ir a Zocoguay!

—Quizás. Pero vamos a hacer las cosas con orden y con inteligencia. ¿Qué persona le parece a usted que puede saber más cosas sobre la verdad de todo este asunto?

—Pues no sé… Hay tantas que…

—No demasiadas. Yo diría que la persona que más debe de saber, si es que continúa con vida, es nuestro compañero Raymond Hackman.

—Pero él ha desaparecido…

—Esa es la cuestión. Por eso, debemos encontrarlo. Eso es primordial y elemental.

—Debe de estar muerto —espetó rudamente Simón.

—Debemos temer eso —musitó Lili—… Pero quisiera asegurarme. Cuando menos, estamos obligados a realizar unas mínimas averiguaciones.

—Ya las hemos realizado nosotros, sin resultado. Bueno, no quiero decir que usted no pueda conseguir…

—Ya he comprendido. Hablemos de otros servicios secretos, que por supuesto deben de estar operando habitualmente en Riontina… ¿Alguno de esos servicios secretos se está moviendo más de lo normal?

—Los chinos.

—¿Ah, sí? —Se interesó vivamente Lili—. ¿Qué es lo que les está movilizando más de la cuenta?

—Ni idea. Tienen un jefe de gran categoría. Su nombre es Tsien Me, y le aseguro que es el tipo más hermético, astuto e hipócrita que he conocido en mi vida.

—O sea —rio la espía—, ¡todo un espía!

—Sin la menor duda. Mueve a sus hombres tan bien que no tenemos ni la menor idea de lo que pueden estar tramando.

—Pero… ¿podría ser algo relacionado con este asunto?

—De acuerdo a su modo de ver las cosas, yo tengo que decir que todo podría ser —sonrió Simón—, pero personalmente no creo que Tsien Me sienta interés por este asunto.

—¿Hay posibilidades de contacto con él?

—Sin ninguna dificultad. Tiene una tienda de libros antiguos en

Carrera Salazar. Y suele cenar en un restaurante chino cuyo nombre es Shanghai, o bien en un típico mesón del país llamado El Churrasco.

—Parece un hombre de paladar variado… ¿Han tenido algún enfrentamiento con él?

—Pequeñas tonterías —sonrió secamente Simón—. Si está usted pensando que Tsien Me ha podido tener algo que ver con Ray Hackman, olvídelo: no se atrevería.

—A menos que Simón hubiese descubierto por qué se están moviendo los chinos más de la cuenta, ¿no es así? —Sugirió Lili—. Pero, lógicamente, debemos pensar que no es así, ya que Simón-Hackman estaba dedicado al asunto de los mil millones de pesos… Y si hubiese sido así, significaría que los chinos andan también tras ese asunto… ¿No cree?

—Demonios… ¡Yo no le he dado tantas vueltas al asunto! Es usted realmente retorcida, Baby.

—En efecto —rio la divina—. Bien, me parece que no debemos prolongar la conversación… He llegado a un acuerdo con Sanabria, en el sentido de que no debe perder el tiempo siguiéndome a mí. Sigan en contacto, busquen sin descanso a Simón-Hackman…, y estén atentos a mi posible llamada en cualquier momento. Si sucede algo importante, llamen ustedes, naturalmente.

—*Okay*. No sabe usted cuánto me satisface haberla conocido, por fin… ¿Realmente es rubia?

—Usted sabe que no —volvió a reír Lili; pero de pronto quedó seria, como pensativa—… Simón: ¿qué opina usted del presidente Niceto Melgares y sus colaboradores? Quiero decir: ¿los considera capaces de estar realizando… alguna extraña jugada?

—Riontina y Estados Unidos están en muy buenas relaciones. Nosotros y Sanabria nos entendemos bien. Todo ha funcionado hasta ahora de maravilla. ¿Alguna extraña jugada…? No sé. ¿Por ejemplo?

—No dejo de preguntarme cómo ha podido conseguir Zocoguay mil millones de pesos riontinos. De acuerdo a las explicaciones que me han dado, yo diría que ese dinero solo ha podido salir de La Casa de la Moneda de Riontina. ¿Le parece factible eso?

—Es todo un camión de billetes —murmuró Simón—. Yo creo que no sería posible sacarlo de La Casa de la Moneda…, a menos

que dentro de esta hubiese alguien importante que hubiese dirigido esa operación.

—Supongamos que existe esa persona, que ha sido así: ¿quién podría ser esa persona?

—No podría ser una sola persona, porque hay otras que se habrían dado cuenta, supongo. En La Casa de la Moneda hay tres personajes importantes, que son: Orestes Borrero, el interventor, Juan Navarro el tesorero; y Luis Pombo, el secretario.

—¿Y ninguno de los tres podría haber hecho eso sin que los otros dos se diesen cuenta?

—Así lo creo yo.

—¿Podría ser una confabulación de los tres?

—Lo dudo. Son personas muy… diferentes. Se respetan, están en buenas relaciones…, pero no creo que lograsen llegar a un acuerdo semejante. De todos modos, claro, esto es solo una opinión personal.

De nuevo quedó Baby pensativa. Luego, se puso en pie, diciendo:

—Me gustaría que me preparase usted un informe personal de esos tres hombres: qué hacen, cómo viven, con quién se relacionan… Todo eso. ¿Puede hacerlo?

—Sin duda. Lo tendré todo preparado esta misma noche.

—Gracias. Y mucho cuidado, Simón: no quiero que desaparezca ningún otro Simón. ¿Comprendido?

El espía asintió, estrechó la mano que le tendía Lili, y segundos después abandonaba la *suite*.

Lili cerró la puerta, volvió a sentarse, y quedó largo rato pensativa. Todo un camión lleno de billetes… ¿Realmente disponía Truman Toledo de esa fortuna en moneda de Riontina? ¿De dónde la había sacado, si así era?

¿Realmente no podía pensarse en una confabulación de los personajes importantes de La Casa de la Moneda? ¿Y Niceto Melgares? ¿Podía el presidente de Riontina haber organizado aquel asunto? ¿Con qué objetivo? Y estaban los chinos… ¿Tenían algo que ver con el asunto?

El mapa que le había proporcionado Simón estaba sobre la mesita. Baby se inclinó hacia él, y estuvo examinándolo detenidamente Por fin, lo quemó sobre el cenicero, fue a tirar luego

las cenizas al inodoro, colocó el cenicero en su sitio, y descolgó el auricular del teléfono de su mesita de noche.

—Soy Lili Connors, de la *suite* 9 —dijo—: ¿podrían conseguirme un auto de alquiler para después del almuerzo?

* * *

Después del excelente almuerzo, naturalmente se había impuesto una no menos excelente siesta, de la que Truman Toledo despertó fresco, descansado, y de no menos excelente humor. Se sentó en la cama de su habitación en el hotel El Zaguayo, bostezó, se pasó las manos por los ojos, frotándolos, y luego tanteó hacia la mesita de noche, en busca de sus lentes de gruesos cristales, sin los cuales era poco menos que invidente.

Encontró los lentes, se los puso, e inmediatamente las imágenes se aclararon y concretaron ante sus ojos.

Entonces, Truman Toledo quedó boquiabierto.

Estupefacto, se quedó contemplando a la hermosa muchacha rubia que había ante él, sentada en la butaquita del dormitorio, que había colocado cerca de la cama. Rubia, de ojos verdes, preciosa, encantadora, maravillosa, increíble, con una sonrisa celestial.

Truman Toledo se quitó los lentes, se frotó de nuevo los ojos, y volvió a colocarse los lentes. Sí señor, la muchacha rubia seguía allí, mirándole con simpatía, sonriente.

No era un sueño siestero.

—¿Ha tenido buena siesta? —preguntó la rubia, en nítido español.

—¿Quién es usted? —exclamó Toledo.

—Lili Connors, ciudadana norteamericana. Pero como supongo que ese nombre no le dice nada, me presentaré con otro que quizá sí le resulte revelador: Baby, de la CIA.

Truman Toledo respingó, quedó de nuevo con la boca abierta, y los lentes se le deslizaron hasta la punta de la nariz. Durante unos segundos estuvo así, como petrificado, bajo la atenta mirada de Lili Connors, que no dejaba de sonreír.

En verdad, Truman Toledo resultaba extravagante, simpático e inconfundible. En aquel momento llevaba puestos solamente unos calzoncillos desusadamente largos, rayados en finas líneas blancas y

azules; velludo, algo barrigón, al parecer carente de músculos, y con aquel revuelto mechón de largos cabellos grises, era todo un poema de simpática fealdad extravagante.

—¿Y qué es lo que quiere? —Reaccionó de pronto Toledo.

—Un ratito de conversación, de momento. Espero que sea amable conmigo, teniendo en cuenta que hace rato que estoy aquí y que no he querido perturbar su siesta. ¿Sabe usted que ronca, señor Toledo?

Truman comenzó a sonreír. De pronto, se puso en pie, mirando hacia la puerta de la habitación… Pero enseguida, su mirada bajó hacia el suelo, por detrás de Baby, y precisamente junto a la puerta. Allí, tendido en el suelo en beatífica postura, había un hombre: el hombre que, teóricamente, debía estar en el pasillo, atento a cualquier contingencia que pudiera sobrevenirle a Truman Toledo.

—¿Qué le ha ocurrido a Lavinio? —susurró, palideciendo.

—Solo está dormido, no se preocupe. Y así seguirá durante algo más de hora y media. Un simple narcótico que no deja secuelas de ninguna clase, se lo garantizo. Lo vi en el pasillo, lo dormí, y me pareció feo dejarlo afuera. Si quiere convencerse de que Lavinio está bien puede examinarlo, desde luego.

Toledo se acercó al hombre dormido, lo examinó, y tranquilo a este respecto, volvió a sentarse en el borde de la cama, frente a la bellísima rubia.

—¿Y de qué quiere que conversemos?

—De mil millones de pesos riontinos.

—Ah… Ya, ya, entiendo.

—Lo celebro. Dígame, señor Toledo: ¿realmente tiene usted esa cantidad de dinero del vecino país?

—Lo tengo.

—¿De dónde lo sacó?

Truman Toledo frunció el ceño. De pronto, se echó a reír. Se inclinó hacia la mesita de noche, tomó cigarrillos, y ofreció a la espía, que aceptó agradecida.

Ya fumando los dos, Toledo preguntó:

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Procedente de Estados Unidos.

—Ya, ya —volvió a reír el simpático miope—. Pero lo que yo pregunto…

—Oh, vamos, ¿qué importa eso? Llegué a Riontina, fui puesta al corriente del problema, alquilé un coche, y después de almorzar crucé la frontera, sin complicaciones de ninguna clase: periodista norteamericana en viaje profesional. Así de simple. Luego, vine a este lugar, localicé el lago y el hotel, y pregunté por su habitación. Subí, dormí a su amigo Lavinio con una ampolla de gas especial, y entré. Y aquí estoy.

—Fantástico —aseguró Toledo—… ¡Fantástico! ¿La envía Niceto Melgares?

—No exactamente. El presidente de Riontina, simplemente solicitó ayuda a la CIA, y esta la concedió. Un agente llamado Raymond Hackman comenzó a investigar este asunto…, y desapareció. Entonces, la CIA me envió a mí. ¿Conoce usted a Raymond Hackman?

—No… Ni idea.

Lili Connors abrió su maletín, sacó la fotografía en colores, y la tendió a Toledo.

Este la examinó atentamente, y la devolvió.

—No lo conozco, seguro. Ni con ese nombre ni con ningún otro. ¿Debo entender que ese Hackman estaba trabajando en Zocoguay?

—Inicialmente, no. Su lugar de residencia era Tinama, en Riontina. Pero, al emprender una investigación, un espía puede tener que viajar mucho.

Y puesto que estaba investigando el asunto de los mil millones, no sería extraño que hubiese venido a Zocoguay, ¿verdad?

—No, no sería extraño… Y quizás haya venido, pero yo no lo sé. Lo siento. Santo cielo… ¿de verdad es usted la agente Baby?

—Sí.

—¿Y dice que Melgares ha solicitado ayuda a la CIA?

—A la CIA, no: a Estados Unidos. Pero en Washington asignaron el asunto a la CIA.

—Ya, ya. Bueno, voy a ser franco con usted, señorita Connors: no quiero tratos con la CIA. De ninguna clase.

—¿Por qué?

—Porque nosotros no confiamos en la CIA.

—¿Quiénes son «nosotros»?

Truman Toledo entornó los párpados, y se quedó mirando atentamente a Lili.

Esta comprendió que Toledo no contestaría la pregunta, y sonrió.

—Está bien. ¿Tampoco quiere decirme de dónde sacó el dinero?

—Divisas.

—¿Cómo, divisas? ¿Qué quiere decir?

—Ya sabe: vienen turistas de Riontina, dejan billetes en la frontera al hacer el cambio… Cosas así.

—Señor Toledo: Riontina tiene en circulación, legalmente y controlados, dos mil millones de pesos. Esos dos mil millones están circulando normalmente en Riontina, pues de otro modo, se habría notado. Sí, se habría notado la falta de mil millones en circulación. Lo que significa que toda la emisión normal de billetes está en su país de origen. Sin embargo, y pese a que esa emisión es de solo dos mil millones, y que están circulando en Riontina, usted tiene mil millones más. ¿De dónde los han sacado?

—Divisas.

—Absurdo.

—Esa es su opinión.

Se quedaron mirándose fijamente, casi desafiante el gesto Truman Toledo. Su posición era segura. Los billetes que tenía eran tan legítimos como los que estaban circulando por Riontina.

—¿Podría ver esos billetes? —preguntó Lili, con muy pocas esperanzas de conseguirlo a las buenas.

—Ah, eso sí, naturalmente. He oído hablar mucho de usted; a decir verdad, y le tengo un gran respeto… y admiración. Enseñarle a usted ese dinero será para mí una garantía de que en Riontina ya no van a tener ninguna duda al respecto. ¿Puedo confiar en que, como agradecimiento a mi amabilidad, usted informará a los de Riontina de que tenemos ese dinero, sin la menor duda?

—Puede confiar en ello. Y gracias.

—A usted, a usted —sonrió Toledo—. Bien, voy a vestirme, e iremos para allá. Y no tema: nunca llevo armas.

—Mejor para usted —replicó amablemente Baby.

Toledo la miró, frunció el ceño, y de nuevo sonrió. Fue al cuarto de baño, efectuó allí algunas actividades propias del lugar, salió y se vistió con unos pantalones blancos, sandalias, y una camisa de colorines, y se quedó mirando a Lili.

—Cuando usted guste.

—Ahora mismo —se puso en pie Baby—. Tengo abajo el coche con el que…

—No —negó casi fríamente Toledo—. Iremos en mi coche, con uno de mis hombres al volante y otro al lado. Y en cuanto abandonemos los terrenos del hotel y ya nadie pueda vernos, le vendaré los ojos, pues no quiero que usted sepa dónde tenemos esperando el dinero. Puede aceptar o rechazar las condiciones…, puede incluso matarme, pero le aseguro que solo aceptando mis condiciones llegará usted adonde está el dinero. Y por supuesto, si alguien nos sigue, o lleva usted encima algún emisor de cualquier clase, o cualquier otro truco, será arrojada fuera del coche. ¿Me he explicado?

—Y muy bien —murmuró Lili Connors.

3

Finalmente, el coche se detuvo, y alguien le quitó el gran pañuelo de colorines con el que habían tapado sus ojos. Se pasó las manos por estos, y miró luego a Truman Toledo, que, sentado a su lado, sostenía todavía el pañuelo.

Salieron del coche, en silencio. Toledo llevaba el maletín de Baby. El conductor del coche, y el hombre que había viajado a su lado, iban armados, pero no hacían ostentación alguna de ello. Se limitaban a mirar fijamente, con suma atención, a la invitada.

El coche se había detenido en un punto de una estrecha carretera mal asfaltada que ascendía por unas montañas, y Lili pensó que podían estar en cualquier punto del continente suramericano en su zona tropical; incluso, podían estar en territorio riontino. ¿Por qué no? El mejor modo de ocultar algo que busca el enemigo, es esconderlo en la casa del propio enemigo.

Caminaron por entre densos matorrales, sin camino alguno. El silencio era total. Habían estado viajando, según los cálculos de Baby, unos cincuenta minutos…, lo cual tampoco significaba nada, pues con un coche se pueden dar muchas vueltas… y regresar a un lugar distante solamente un par de kilómetros del punto de partida. No, no tenía ni idea de dónde se hallaba.

Muy pronto, por entre los matorrales, la aguda vista de la espía internacional comenzó a ver manchas pardoverdosas: uniformes de campaña militares. También distinguió algunos rostros, pero no hizo ningún comentario al respecto. Por delante de ella, Truman Toledo jadeaba, y de cuando en cuando se pasaba el pañuelo por la nuca y el cuello, apartando sus largos y poéticos cabellos grises. Por detrás de Lili, los otros dos hombres resoplaban.

Un oficial del ejército zocoguayo apareció de pronto ante Truman Toledo, en silencio.

«—No —pensó Baby—. No podemos estar en territorio riontino:

la presencia de soldados zocoguayos sería considerada como una invasión ya consumada, y las cosas no han llegado todavía a ese extremo. Estamos, pues, en territorio zocoguayo. Pero… ¿dónde de Zocoguay? ¿En verdad cerca de la frontera?».

Toledo y el oficial estaban hablando en murmullos por delante de ella. Se habían detenido todos. Toledo y el oficial dejaron de hablar, y el primero se volvió e hizo una seña, para que continuaran caminando.

Muy poco después, vieron el grupo de soldados que estaban desparramados, tumbados por el suelo, alrededor de un enorme matorral… que Lili clasificó inmediatamente como falso. Era un camuflaje para ocultar algo grande… ¿El camión? Los soldados se habían puesto rápidamente en pie, en silencio. El oficial dio una orden, y varios de ellos se acercaron al gran matorral, y, en efecto, comenzaron a apartar el camuflaje, dejando al descubierto un camión… No. Era una camioneta. El oficial se acercó a la parte de atrás, y abrió las dos puertas. Toledo tomó de un brazo a Lili, y la llevó hacia allí.

El camión estaba lleno de cajas de cartón, y Truman Toledo las señaló, mirando a Baby.

—Mil millones de pesos riontinos —dijo, con voz neutra—. Tiene usted todo el tiempo que quiera para convencerse de que son reales y auténticos, indiscutiblemente legítimos.

—Querrá usted decir —puntualizó ella suavemente— tan legítimos como los duplicados que están circulando por Riontina. Pero los dos sabemos que estos billetes son duplicados de aquellos.

—¿Y por qué no admitir que aquellos son duplicados de estos? —deslizó no menos suavemente Toledo—. ¿Cree usted que alguien en el mundo podría decir cuáles son los originales y cuáles los duplicados?

—No.

—Así están las cosas —sonrió Toledo—. Bien, puede examinarlos a su gusto, señorita Connors.

—No es necesario. Ya supongo que…

—Le ruego que lo haga.

—Está bien. Llevo dinero riointino en mi maletín. ¿Puede dármelo, para hacer las comparaciones?

—Cómo no.

Toledo le tendió el maletín, y ella sacó el fajo de cien mil pesos que le habían entregado aquella misma mañana. Separó unos cuantos billetes, subió a la camioneta, y comenzó a sacar fajos de billetes de las cajas de cartón. Durante media hora, estuvo examinando billetes, haciendo las comparaciones. Removió en casi todas las cajas, probó muchos billetes al tacto, los hizo crujir, los miró al trasluz… Sus escasas esperanzas de encontrarse ante una falsificación más o menos perfecta se desvanecieron muy pronto. Tan legítimos eran unos billetes como otros Por fin, saltó de la camioneta, guardó los billetes que le habían servido para la comparación en su maletín, y miró a Toledo.

—Está bien —murmuró—. En lo que a mí respecta, podemos regresar.

—De acuerdo.

El regreso fue más fácil, pues el camino descendía. Poco después, llegaban al coche, y emprendían el regreso hacia el lago Argente, mientras Toledo procedía a vendar de nuevo los ojos de Baby.

—¿Cuál es exactamente la jugada? —preguntó esta, sumida en la oscuridad.

—¿La jugada? —Oyó la sorprendida voz de Toledo—. No hay ninguna jugada: nosotros tenemos billetes riontinos, por los que hemos entregado mercaderías, recuerdos, servicios, etcétera…, y ahora queremos el oro. A menos, claro está, que Riontina pueda entregarnos algo que valga mil millones de pesos y que no sea oro.

—Usted sabe que no hay nada en Riontina que valga esa cantidad. Salvo el oro.

—Pues que nos entreguen el oro.

—Eso sería la ruina total para Riontina, señor Toledo.

—Lo siento mucho, pero no es cuenta nuestra.

—¿Verdaderamente están ustedes dispuestos a la guerra si no les entregan los mil millones en oro? —susurró Lili.

—Esperemos que no haya necesidad de demostrarlo —replicó secamente Truman Toledo.

—¿Qué le parecería a usted que Estados Unidos enviase a Riontina, para defenderla de la agresión de Zocoguay, veinte mil hombres con su correspondiente dotación de armamento?

—Estados Unidos no puede hacer eso sin enfrentarse a la ONU.

Y la ONU no puede exigirnos a nosotros que demos por cancelada una deuda de esta importancia.

—Lo tienen todo pensado y previsto, ¿no es así?

—Sí.

Ya no hablaron más.

Finalmente, la venda fue retirada de los ojos de Lili Connors. Todavía había sol. Estaban más o menos en el mismo sitio donde antes le habían vendado los ojos, camino del lugar donde estaba la camioneta. Poco después, circulaban ya cerca de la orilla del lago Argente. Muy próxima, se divisaba la localidad junto a la cual estaba el confortable hotel El Zaguayo, en la orilla misma del lago. Llegaron a este tres minutos más tarde, como buenos amigos que han salido a dar un paseo en automóvil.

Cuando Lili y Toledo se apearon delante del hotel, Lavinio estaba allí, lívido, y su mirada un tanto desorbitada se fijó en la rubia que había visto más de dos horas antes en el pasillo, caminando hacia él… Y eso era todo lo que recordaba hasta que, de pronto, había despertado tendido en el suelo de la habitación de Truman Toledo. Dio unos pasos impetuosamente hacia este y la preciosa rubia, pero Toledo sonrió y le hizo un simpático gesto.

—Tranquilízate, Lavinio, todo va bien. ¿Cómo te encuentras?

—No sé lo que me pasó… Estoy bien, pero…

—Ya te lo explicaré. Anda, ve a tomarte un trago de algo fuerte. ¿Alguna novedad durante mi ausencia?

—Que yo sepa, no, señor.

—Ve a tomar ese trago… ¿Me aceptaría usted una copa, señorita Connors? —Miró amablemente a esta.

—No. Mire, Toledo, me han hablado muy bien de usted, pero…

—Todo está dicho.

—Podría matarlo ahora mismo —dijo fríamente Baby.

—Ah, sin duda, sin duda… Pero a mí también me han hablado mucho y muy bien de la agente Baby, y sé que no lo hará. Usted tiene sus dudas, sus vacilaciones. Sabe que la posesión de ese dinero implica unos ciertos derechos por parte de Zocoguay, pero no sabe, en cambio, si tenemos derecho a tener ese dinero. En la duda, usted no cometerá un asesinato. Además, no le serviría de nada. Después de matarme, usted no daría ni siquiera dos pasos antes de caer muerta a su vez. Y finalmente ¿de qué serviría mi muerte?: el

dinero seguirá existiendo, y naturalmente, alguien ocuparía mi lugar para conducir estas negociaciones. ¿Me acepta esa copa?

La voz de Lili Connors fue estremecedoramente glacial:

—Toledo: yo voy a llegar hasta el fondo de este asunto. Pida a Dios que, en efecto, la razón esté de su parte.

Truman Toledo sonrió simpáticamente.

—Le aseguro que tengo muy buenas relaciones con Dios…, y con mi conciencia.

—Dice usted que le han hablado bien de mí. Muy bien: ¿por qué no tiene esto en cuenta y se sincera conmigo? Dígame LA VERDAD de todo esto.

Por un instante, sin la menor duda, la divina espía vio la vacilación en el gesto de Truman Toledo, en sus miopes ojos, en su boca delgada y firme. Pero fue solo un instante brevísimo.

—Ya le he dicho —murmuró Toledo— que todo está hablado.

—En ese caso, hasta la vista.

—Hasta la vista. Por favor, comunique en Riontina lo del dinero: usted lo ha visto con sus propios ojos.

Lili Connors no contestó. Se dirigió hacia donde había dejado el coche alquilado en Riontina, se colocó ante el volante, y partió. Por el retrovisor, vio aparecer a dos hombres que, mirando el coche, se acercaban a Truman Toledo. Efectivamente, este había estado bien protegido…, pero ella había llegado ya una vez hasta él con toda facilidad y sin riesgo alguno. Podría volver a conseguirlo en cuanto quisiera. Y Truman Toledo lo sabía.

Hacía apenas seis o siete minutos que viajaba hacia la frontera, que ya estaba muy cerca, cuando Lili vio el coche detrás del suyo, rodando a más velocidad. Su ceño se frunció, su mirada quedó fija en aquel coche, en cuyo parabrisas destellaba el sol que iba veloz hacia el ocaso. El coche se acercaba rápidamente, y muy pronto estuvo tan cerca que no tenía más remedio que adelantarla. El conductor del otro coche hizo sonar el claxon, avisando el adelantamiento, y Lili se apartó ligeramente hacia la derecha. Dejó de ver el coche en el retrovisor, pero enseguida lo vio a su izquierda, dispuesto a adelantarla…

Pero no.

El coche no la adelantó. Rodaba a su lado, a la misma velocidad. Lili giró la cabeza, y entonces vio al chino que, desde la ventanilla

derecha, la apuntaba con una automática.

—Deténgase —le ordenó en español el chino, extendiendo el brazo, de modo que la pistola quedó a menos de medio metro de la cabeza de Baby.

Esta asintió con un gesto. Evidentemente, se trataba de hablar, por el momento. De otro modo, el chino habría disparado. Es decir, lo habría intentado, pero se habría llevado una sorpresa: si se hubiese tratado de una agresión, Lili se habría encogido en el asiento, habría girado el volante hacia la izquierda, y habría sacado de la carretera, por la parte izquierda, el coche del chino. Pero, si solo querían hablar…

Detuvo el coche, y quedó inmóvil. El otro vehículo frenó a la misma altura, y el chino de la pistola se apeó. Entró en la parte de atrás del coche de Lili, y señaló el suyo.

—Siga a mi compañero —ordenó—. Y nada de tonterías, o le vuelo la cabeza.

—Mensaje recibido —sonrió secamente Lili.

El otro coche reanudó la marcha, y la espía partió detrás. Tal como barruntaba, muy pronto dejaron la carretera, cuando estaban a menos de un kilómetro de la frontera. Los dos coches comenzaron a dar saltos por el desigual terreno, adentrándose en el bosque, hasta que, pocos minutos más tarde este fue tan espeso que no pudieron seguir adelante. El chino que conducía el otro coche lo detuvo, paró el motor, y se apeó, acercándose a Lili ya pistola en mano.

—Pare el motor y salga —ordenó.

Baby obedeció. El otro chino se apeó también, y los dos se quedaron mirándola con curiosidad, pero, sobre todo, con cierto malestar, como preocupados, e incluso, asustados; como mínimo, estaban muy inquietos, de eso no había duda. Y esto hizo comprender a Lili Connors que aquel par de chinos sabían perfectamente que ella era la temida agente Baby.

—Si esto es un atraco —sonrió la espía—, me parece que están complicando mucho las cosas.

—Vuélvase y ponga las manos, bien extendidas, sobre el techo del coche.

Lili obedeció. Las manos de uno de los chinos recorrieron si cuerpo, sin prisas. Se introdujeron entre los muslos, entre los senos,

hurgaron en las axilas… Pero no encontraron arma alguna, porque la pistolita de cachas de madreperla estaba dentro del maletín, que Lili había dejado en el asiento.

—Camine hacia aquel árbol, siéntese, y ponga las manos sobre la cabeza.

La obligaron a dar la vuelta, le señalaron el árbol, y ella fue hacia allí; se sentó, pero no puso las manos sobre la cabeza, sino que las dejó descansar cómodamente sobre los muslos.

Los chinos vacilaron, pero optaron por no decir nada. A fin de cuentas, ya sabían que no llevaba encima ningún arma. Uno de ellos se metió en el coche, y salió con el maletín; lo colocó sobre el capó, lo abrió, vio la pistolita, el fajo de billetes, el pasaporte norteamericano… Lo abrió, y estuvo un par de minutos examinándolo. El otro se acercó a él, examinó también el pasaporte, y cambiaron unos comentarios, ahora en chino, de modo que Baby no se enteró de nada. Lo dejaron todo tal como lo habían encontrado, cerraron el maletín, y se acercaron a ella.

—¿Adónde ha ido con Truman Toledo? —preguntó uno.

—Deben de saberlo perfectamente, puesto que nos han seguido.

—No. Empezamos a hacerlo cuando salieron del hotel, pero muy pronto vimos que había soldados escondidos en la ruta que seguían, así que desistimos.

—¿Por qué vigilaban ustedes a Truman Toledo?

—Nosotros somos quienes preguntamos. ¿Adónde fueron?

—No lo sé. Toledo me vendó los ojos, y solo me quitó la venda cuando llegamos a destino. Todo lo que puedo decirles es que fuimos a las montañas, pero no sé a cuál.

—¿Qué fueron a hacer a las montañas?

—El señor Toledo me mostró mil millones de pesos riontinos en billetes, para convencerme de que los tiene y que yo lo comunicase a ciertas personas de Riontina.

—¿Vio usted el dinero?

—Sí.

—¿Es auténtico?

—Sí.

—¿Y hay mil millones, realmente?

—Yo no lo dudo.

—Nosotros vimos aproximadamente hacia dónde se dirigían…

¿Podría usted localizar un lugar si se lo decimos sobre un mapa? Quizás alguna particularidad del camino, algún sonido… ¿Podría?

—Puedo intentarlo.

El chino sacó un mapa, que tiró a las manos de Lili. Esta le desplegó, y miró al chino, que comprendió. Con grandes precauciones, se acercó a ella, y señaló un punto del mapa.

—Dejamos de seguirlos aquí, que fue donde comenzamos a ver soldados. ¿Puede orientarse?

Lili Connors se dedicó a estudiar el mapa. Pese a la poca luz, podía verlo bien, y, partiendo de la indicación del chino, estuvo obteniendo sus propias conclusiones. Pero, finalmente, movió la cabeza con gesto negativo.

—Lo siento, pero no puedo. Desde el punto que usted me ha indicado, el terreno es más o menos igual en todas direcciones. No recuerdo ningún dato especial que pueda orientarme… Todo lo que puedo decirle es que cuando el coche se detuvo, había un gran silencio. Luego, subimos a pie por entre matorrales y árboles. Apareció un oficial, que nos condujo hasta el dinero, que está en una camioneta, en cajas de cartón. La camioneta está camuflada con arbustos, y vigilada por unos cuarenta soldados, quizás. Al menos, yo conté esa cifra, aproximadamente.

—Si está en una camioneta significa que muy cerca de ese lugar debe de haber una carretera, o cuando menos, un camino.

—Sí, claro. Ya les he dicho que llegamos con el coche hasta un lugar desde el cual tuvimos que seguir a pie. Eso significa que muy cerca de ese lugar debe de haber un camino o al menos terreno adecuado para que la camioneta pudiese circular montaña arriba. Pero yo no vi ese camino.

Los dos chinos estuvieron unos segundos mirándola fijamente. Vestían correctamente, llevaban sus lacios cabellos cortados con discreción, no había en ellos nada llamativo ni extraordinario…, salvo que eran chinos. De pronto, uno de ellos sacó una pequeña radio de bolsillo, y apretó el resorte de llamada.

Recibió respuesta inmediata, y estuvo hablando con su interlocutor, en chino, alrededor de dos minutos. Por fin, asintió, cortó la comunicación, se guardó la radio, y dijo:

—Tiéndase boca abajo, y coloque las manos sobre sus riñones. Y por favor, no nos obligue a desobedecer las órdenes de conservarla

con vida. ¿Me comprende?

—Sí —murmuró Baby.

Se tendió boca abajo, dobló los brazos hacia la espalda y colocó las manos sobre la zona de los riñones. Oyó abrirse el capó de un coche… El de los chinos. Miró de soslayo hacia allí, y vio a uno de ellos sacando un ovillo de cuerdas del maletero.

Muy bien.

Por supuesto que no pensaba dejarse atar y quedar a merced de aquellos hombres… Y sabía cuál sería el momento oportuno para pasar al ataque: justo cuando uno de los chinos comenzase a atarle las manos, lo que significaría que habría guardado su pistola. Podía desembarazarse de este chino en un instante, y atacar al otro antes de que consiguiese reaccionar…

—No se mueva —oyó—. Y recuerde lo que le he dicho. Quedó inmóvil, con las manos sobre los riñones.

En el mismo momento en que notase en sus manos las del chino, o el roce de las cuerdas, pasaría al contraataque, y…

Recibió el golpe en la base del cuello, en un lado, hacia la espalda. No fue un golpe violento, y apenas doloroso. Pero fue tan certero, tan eficaz, que la espía internacional ni siquiera tuvo tiempo de pensar que aquellos chinos, además de ser inteligentes, conocían técnicas de judo o algo similar, por lo menos tan bien como ella.

La inconsciencia se produjo fulminantemente.

4

La consciencia llegó de pronto, con suavidad, como quien despierta de un sueño profundo, tranquilo, reparador. Pero no vio nada, de momento. A los pocos segundos vio ante sus ojos unos rectángulos de claridad de un azul intenso… Las ventanillas del coche. Estaba dentro del coche.

Quiso moverse, pero no lo consiguió. Estaba atada de pies y manos, y tendida en el asiento de atrás. Afuera, la noche estrellada, la leve claridad. Se dio cuenta de que la ventanilla izquierda de atrás estaba abierta un par de centímetros, y comprendió: la tenían allí prisionera, a la espera de decidir qué hacían con ella. No querían hacerle mal alguno, de momento, pero la habían retirado de la circulación, y posiblemente esperarían el momento oportuno para volver a por ella, para matarla entonces, o, quizá, llevarla a China.

«—Un día u otro, lo conseguirán», pensó Lili.

Dio unos tirones a las cuerdas que sujetaban sus manos a la espalda, pero comprendió enseguida que eran esfuerzos vanos. Ni siquiera se habían molestado en amordazarla. ¿Quién podría oírla allí por mucho que gritase? Su voz apenas saldría del coche. Pero… ¿y si se desplazase hasta el asiento delantero y comenzase a tocar el claxon con la barbilla? Se dispuso a hacer esto, pero tampoco era posible. Las cuerdas que sujetaban sus manos se prolongaban hacia los apoyabrazos de las portezuelas, anudándose también allí, de modo que no podía abandonar el asiento trasero.

«—Saben que soy Baby… Lo saben perfectamente. La pregunta es: ¿quién se lo ha dicho?».

No la sorprendía que se hubiesen fijado en ella, desde luego. Debían de estar vigilando a Truman Toledo precisamente para ver si podían localizar el dinero, y la habían visto con él. Eso era lógico, tenía sentido. Pero… ¿quién les había dicho que ella era Baby?

Movió la cabeza, con cuidado. No le dolía nada. El golpe había sido perfecto, experto. ¿Cuánto debía de hacer de eso? Calculó que muy poco.

Ya estaba anocheciendo cuando la golpearon… ¿Cinco minutos, diez quizás?

Como máximo, un cuarto de hora…

La silueta humana apareció de pronto en la ventanilla, al otro lado del cristal que estaba bajado un par de centímetros para que no le faltase el aire. Por la forma de la cabeza, por el cabello, supo que el hombre que la estaba mirando desde el exterior, no era chino. Vio de pronto el relucir de un cuchillo. El hombre hurgó en la cerradura de la portezuela con la punta del cuchillo, y en pocos segundos, pudo abrirla.

Se asomó al interior del coche, blandiendo el cuchillo.

—Hola —brillaron sus dientes en la oscuridad—… Me llamo Simón.

—Santo cielo —exclamó Baby—… ¿De dónde sale usted?

El agente de la CIA rio quedamente, y en cuestión de segundos cortó las cuerdas que sujetaban a Lili Connors. Esta se sentó rápidamente, y lanzó un suspiro. Simón se sentó junto a ella.

—Me pareció que era mejor no intervenir —dijo tranquilamente.

—¿Dónde estaba usted?

—Bueno, en estos días todo el mundo sigue a todo el mundo. Estábamos vigilando a Truman Toledo, y al mismo tiempo a ese par de chinos que también parecían estar dedicados a lo mismo. Los seguimos a ellos y a usted y a Toledo hacia las montañas…, hasta que comenzamos a ver soldados. Los chinos se detuvieron, y nosotros también. Sabíamos que las relaciones entre usted y Toledo eran amistosas, por el momento, así que no nos preocupamos. Cuando usted se despidió de él, y emprendió el regreso hacia Riontina, vimos que los chinos se disponían a seguirla, así que decidimos vigilarlos. Nos asustamos cuando, desde lejos, nos pareció que iban a disparar contra usted, pero en ese momento no podíamos hacer nada. Luego, los seguimos a pie sin dificultades campo a través, y cuando se detuvieron, sabíamos ya que querían hablar con usted, en principio. De modo que decidimos esperar. ¿Sacó usted provecho de la conversación?

Lili Connors volvió a suspirar.

—Me gusta que mis Simones utilicen la cabeza en lugar de las armas —aseguró—. No sé todavía si he sacado algo en claro, pero espero que sí.

—Lo celebro. Desde luego, si ese par de macacos hubiesen pretendido hacerle daño, los habríamos matado…

—¿Había alguien más con usted?

—Claro. Un compañero, que ahora está siguiendo a los chinos. Cuando vimos que se disponían a atarla, todavía decidimos esperar. Si hubiesen querido luego meterla en su coche, lo habríamos impedido. Pero, lo único que nos sobresaltó fue cuando la golpearon, y cuando vimos que lo que querían era dejarla aquí, nos pareció bien. ¿Para qué complicar las cosas? Sacaremos más provecho de esos dos chinos dejándoles hacer cosas que eliminándolos, ¿no le parece?

—Desde luego.

—He esperado a que estuviesen lejos. Está usted bien, espero.

—Sí, sí —casi rio Lili—. ¿Hacia dónde han ido los chinos? ¿Han vuelto a vigilar a Truman Toledo?

—No. Han ido hacia Riontina. No tardaremos en saber a quién han ido a ver, y qué hacen. Aunque es fácil adivinar que han ido a ver a Tsien Me. ¿Le habló Simón-Tinama de Tsien Me?

—Sí. Dígame una cosa, Simón: ¿le parece a usted que Truman Toledo se ha dado cuenta de que está bajo la vigilancia de nosotros… y de los chinos?

—No lo sé. Pero sé que Toledo es un tipo muy inteligente… Espero que usted no lo haya menospreciado.

—Hace mucho tiempo que no menosprecio a nadie.

—Eso está bien. Como le digo, ignoro lo que sabe Toledo respecto a nuestra vigilancia, pero no me sorprendería que se hubiese dado cuenta. Aun así, él está en su territorio, dispone de hombres de paisano y del ejército; es el más fuerte, puede controlarlo todo. Si quiere que le diga la verdad, lo que yo pienso de Truman Toledo es que está al corriente de todo, y que, en el fondo, se está divirtiendo a nuestra costa. Está… jugando con la CIA y con el Lien Lo Pou, ni más ni menos.

Baby frunció el ceño, pero, de pronto, lanzó una carcajada.

—¡Pues hace falta tener narices para hacer eso, ¿no cree?!

—Sin duda. Y además, ser inteligente y tenerlo todo muy bien

controlado.

—Claro… Me han quitado la radio, y todo mi equipo. ¿Puede usted comunicarse con nuestros compañeros de Riontina?

—Naturalmente.

—Espléndido. Yo conduciré. Usted haga contacto con Simón-Tinama…

Me parece que ha llegado el momento de que Tsien Me y yo tengamos una… cordial entrevista.

* * *

Tsien Me entró en su tienda de libros sita en Carrera Salazar, cerró la puerta de cristales tras él, y se dirigió hacia el fondo. La tienda era pequeña, atestada de libros antiguos en su mayor parte, bien cuidada. Por la puerta de cristales y por el cristal del pequeño escaparate llegaba el resplandor de la avenida, así que no se molestó en encender ninguna luz, hasta llegar al pasillo que comunicaba la tienda con su vivienda, situada al fondo. Recorrió el pasillo, llegó al pequeño cuarto que servía de comedor, cocina y salita, y encendió también aquella luz. Dio dos pasos hacia el hornillo, donde tenía siempre preparada la cafetera.

Solo dos pasos. Enseguida, se detuvo, y se quedó mirando a la bellísima rubia que estaba sentada en una silla, sosteniendo en su mano izquierda una pistola con silenciador. Nada más verla, el chino hizo un gesto extraño… No era miedo, ni siquiera sobresalto. Más bien, simplemente, de disgusto.

—Buenas noches, Tsien Me —saludó la rubia.

—Buenas noches, Baby.

—¿Ha sido agradable la cena en el Shanghai?

—Muy agradable, gracias. Como siempre.

—¿Qué ha cenado?

—Ensalada china, sopa de abalone con pollo, y Chow Míen de gambas.

—¡Mmmm…! —Se relamió simpáticamente la rubia—. ¡Le envidio! ¿Sabe que yo soy una gran adepta de la cocina china?

—¿De veras? Bueno, no podía ser de otro modo, en una persona de la exquisitez de usted.

—¿Me considera exquisita?

—No puede ser de otro modo. Una persona que ha viajado tanto y conoce tantas cosas de este mundo, tiene que haber probado la cocina china. Y probar la cocina china es hacerse adepto de ella…, si se tienen gustos exquisitos, como no puede ser menos en una persona de su categoría.

—Muchísimas gracias —rio Baby—. Oh, por favor, siéntese. ¿O quizá se iba a preparar café?

—Siempre tengo café preparado. ¿Me aceptaría una taza? Servida en porcelana china, naturalmente.

—Se lo agradezco, pero todavía no he cenado, así que no me parece adecuado tomar café. De todos modos, usted puede tomar, si quiere.

—Gracias —murmuró el chino.

Se dirigió hacia el hornillo, lo encendió, y colocó encima la cafetera. Desde su asiento, la divina espía le observaba atentamente con curiosidad. Tsien Me debía de tener unos sesenta años, vestía con gran discreción, casi con vulgaridad; sus cabellos eran todavía negros en su mayor parte, salvo las blancas pinceladas en las sienes. Sus ojos eran grandes, negrísimos, de mirada directa, inteligente…

—¿Puedo ofrecerle cualquier otra cosa? —Se volvió a mirarla Tsien Me.

—No, no, gracias. ¿Tiene usted aquí mi maletín?

—Ah, sí… En efecto. Muy interesante.

—Espero de su amabilidad que me lo devuelva.

—Lo haré con mucho gusto.

Tsien Me esperó solo un par de minutos a que el café estuviese caliente. Se sirvió en una taza de porcelana china, desde luego, y fue a sentarse en otra silla, cerca de la mesa, sobre la cual depositó la taza.

—Solo por curiosidad personal —preguntó—: ¿cómo pudo usted escapar del interior del coche? Me aseguraron que había quedado perfectamente empaquetada.

—Uno de los factores determinantes de mi vida de espía ha sido siempre la suerte —murmuró Lili—. ¿Pensaba tenerme prisionera en el coche hasta que hubiese terminado el asunto de los mil millones y entonces enviarme a China?

—Así es. Mientras tanto, me conformaba con tenerla retirada del asunto. Mis hombres me aseguraron que nadie sabía que la habían

cazado, así que me las prometía muy felices. ¿Cómo escapó?

—Se lo diré si usted me dice quién le dijo que la mujer rubia que intervenía en el caso era la agente Baby. ¿Quién se lo dijo?

Tsien Me se quedó mirándola fijamente. De pronto, sonrió, alzó la taza de café, y bebió un sorbo. Lili Connors comprendió.

—Muy bien —susurró—. Su actitud me hace comprender que tampoco piensa contestar a otras peguntas mías. Por ejemplo, me gustaría saber qué parte tienen ustedes en este juego… ¿Qué pretenden? ¿Quizás han sido ustedes los que han proporcionado los mil millones a Truman Toledo?

Tsien Me bebió otro sorbo de café, simplemente, sin dejar de mirar fijamente a la espía más peligrosa del mundo. Esta frunció el ceño con gesto de visible enfado.

—Las cosas están muy mal para usted, Tsien Me —aseguró—. Mis compañeros le han estado vigilando mientras cenaba en el Shanghai con dos de sus hombres, que supongo son los que me capturaron. Luego, se han separado, y, claro está, siguiendo mis instrucciones, mis compañeros están siguiendo a sus hombres, dejando que yo me las entienda con usted… ¿Quiere que se lo demuestre?

—Sí.

Lili sacó la radio que le había facilitado Simón, apretó el botón de llamada, y en el acto sonó la voz en el pequeño aparato:

—¿Sí?

—¿Qué hacen los dos amigos del librero, Simón?

—Están viajando en coche de nuevo hacia la frontera con Zocoguay. ¿Cómo le van las cosas a usted?

—Por el momento, no muy bien. Nuestro librero no parece dispuesto a colaborar.

—¿Necesita usted ayuda?

—Por ahora, no. Sigan vigilando bien a todo el personal del librero: de él me encargo yo. Y mucho cuidado, Simón.

—Descuide. Y… lo mismo le digo.

Lili cortó la comunicación. Guardó la pequeña radio, y sonrió secamente a Tsien Me.

—¿Convencido? —preguntó.

—Sí.

—En mi larga vida de espía he tratado con muchos hombres de

su raza, Tsien Me. Algunos, incluso se convirtieron en buenos amigos míos. Soy una persona razonable, se lo aseguro. Pero, claro está, eso es siempre y cuando los demás también lo sean. ¿No quiere contestar a mis preguntas?

—No.

—Me dijeron al llegar que usted es inteligente y hábil. Creo que se equivocaron en el diagnóstico. Usted sabe, Tsien Me, que una espía de mi categoría no ha podido alcanzarla por casualidad. Nosotros, los que hacemos buen espionaje, detestamos la violencia y la tortura, pero no la hemos… descartado de nuestras posibilidades o métodos para conseguir lo que queremos. Y usted sabe, también, que todos tenemos un límite de resistencia. Por favor: no me obligue a rebajarme utilizando métodos que me repugnan.

—¿Qué quiere saber? —musitó el chino, lívido.

—Dígame qué pretenden ustedes, los chinos.

—Destruir esos mil millones de pesos.

—Lo que significa que no han sido ustedes quienes, de un modo u otro, se los han facilitado a Truman Toledo.

—Claro que no.

—Bien. ¿Por qué se meten en esto? ¿Por qué quieren destruir ese dinero en papel moneda?

Tsien Me vaciló. Su boca se abrió, se cerró, se volvió a abrir…, y terminó fuertemente cerrada, apretados los delgados labios pálidos. Baby volvió a fruncir el ceño.

—¿Tampoco quiere decirme quién le informó sobre mi intervención y mi personalidad? ¿No quiere decirme quién le dijo que la mujer rubia era Baby?

Tsien Me se pasó la lengua por los labios, que volvió a apretar enseguida, herméticamente. Lili Connors hizo un gesto de resignación, y se puso en pie, moviendo la pistola con gesto autoritario.

—Mi maletín —exigió—. Luego, usted y yo vamos a dar un paseo hasta un lugar que para mí será más seguro que este. Lo siento, pero no me deja usted otra alternativa. Su resistencia es absurda… ¿O quizá solo está ganando tiempo? Tiempo… ¿para qué?

De nuevo se pasó la lengua por los labios el chino, y eso fue todo. Lili asintió, y volvió a mover la pistola.

—Mi maletín —exigió otra vez.

—Lo tengo en mi dormitorio.

—Pues vamos a buscarlo.

A la derecha del comedor-cocina-salita había dos puertas. Tsien señaló una de ellas, se acercó, y la abrió, dejando visible el pequeño dormitorio. Entraron los dos, el chino abrió el armario, y sacó el maletín rojo con florecillas azules estampadas, que depositó sobre la cama a una seña de Baby. Esta se acercó, lo abrió, y, sin perder de vista al chino, fue examinando el contenido.

Pronto se dio cuenta de que Tsien Me había descubierto el doble fondo… En consecuencia, había visto allí no solo el dinero que siempre llevaba para emergencias, sino los varios pasaportes que generalmente utilizaba la espía internacional, a nombre de Lili Connors, Nora Tisdale, Monique Lafrance, Galina Cherkova… y Brigitte Bierrenbach Montfort.

—Sabe usted demasiado, Tsien Me —susurró la divina.

—Ahora lo lamento —susurró también el chino.

—Salgamos. Afuera tengo mi coche: usted conducirá.

Tsien Me asintió. Salieron del dormitorio, y fueron hacia la puerta que comunicaba con el pasillo… De pronto, Tsien Me se detuvo en seco, se palpó las ropas, y se volvió a mirar hacia la mesa. Lili no se había inmutado, pues sabía ya que Tsien Me no llevaba armas encima.

—¿Qué busca?

—Mis lentes… Me gustaría ponérmelos, si tengo que conducir. Será mejor para los dos —intentó sonreír.

—De acuerdo, recójalos. ¿Dónde están?

—Acostumbro dejarlos sobre la mesa, pero parece que no están ahí… Quizás en el dormitorio.

Lili se apartó, y el chino regresó hacia el dormitorio. Desde la puerta de este, la espía vio, sobre la mesita de noche, los lentes, y asintió. Tsien Me captó la autorización, entró en el dormitorio, encendió de nuevo la luz de este…, y simultáneamente se oyó un suave zumbido.

Por instinto, Lili saltó hacia atrás, alejándose del umbral del dormitorio, lanzando una exclamación y disparando al mismo tiempo… La persiana metálica bajó velozmente desde la parte alta del marco de la puerta, con leve chirrido, y golpeó contra el suelo,

separando a Baby de Tsien Me en el acto, pero no tan deprisa que la espía no pudiera ver cómo el chino era empujado por la bala, y oyese su grito de dolor.

Enseguida, la persiana metálica los dejó aislados al uno del otro. Todavía lívida por el sobresalto, Lili dejó el maletín en el suelo, y acercó la mano izquierda a la persiana… Pero no llegó a tocarla. La retiró vivamente. ¿Y si estuviese electrificada? Se quedó inmóvil frente a la persiana, desconcertada y no poco irritada consigo misma… No se oía nada al otro lado. Como en una visión fotográfica, en la mente de la espía apareció el cuarto de Tsien Me. No tenía salida alguna. Ni siquiera una pequeña ventana, nada… No podía escapar, desde luego. ¿Qué pretendía entonces con aquella tontería…?

De pronto, Baby lanzó una exclamación. Recogió su maletín y echó a correr hacia el pasillo. Lo recorrió, llegó a la tienda, la cruzó a toda velocidad, abrió la puerta, salió a la calle y corrió hacia donde había dejado el coche…

Pero se detuvo en seco, aterrada, y se volvió a mirar hacia la tienda de Tsien Me. Estaba en un pequeño edificio de tres pisos. Encima de la tienda, en algunas ventanas, se veía luz.

Demudada, Baby quitó el silenciador de la pistola, apuntó al aire, y comenzó a disparar. Los disparos sonaron como secos trallazos en la quietud de la noche. En alguna parte se oyeron voces, gritos, exclamaciones…

—¡Salgan! —gritó Baby, en español—. ¡Salgan de la casa, salgan todos inmediatamente! ¡Por el amor de Dios, salgan de ahí!

Un hombre apareció en una ventana, en camiseta.

—¿Qué pasa? —gritó.

—¡Salgan todos de la casa! —Y acto seguido, mintió—: ¡Hay fuego en la tienda del chino!

El hombre desapareció enseguida. Dentro de la casa comenzaron a oírse gritos, ruidos… Algunas personas acudían corriendo, procedentes de otras calles. En cuestión de segundos, por la puerta del edificio comenzaron a aparecer personas a medio vestir. Algunas mujeres cargaban con niños pequeños, y otros algo mayores eran arrastrados por sus padres… La confusión era terrible. Plantada en el centro de la avenida, Lili miraba con expresión desorbitada hacia la, tienda de Tsien Me.

—Deprisa, deprisa —imploraba—… ¡Deprisa, por Dios…!

La gente terminó de salir, corriendo hacia el otro lado de la avenida. La gente que había acudido rodeaba a Lili. La voz de ¡fuego!, se extendía rápidamente. Alguien corrió en busca de un teléfono para avisar a los bomberos. Niños llorando, mujeres histéricas…

—Yo no veo fuego —dijo uno de los mirones, junto a Lili.

—Yo tampoco —dijo otro—. ¿Dónde está…?

Un resplandor rojo apareció en el fondo de la tienda de Tsien Me… El estampido arrancó la puerta de cristal, y el escaparate, y lanzó hacia la calle montones de libros pulverizados, empujados por una lengua de fuego que pareció lamer a Lili Connors y a los curiosos que se habían colocado junto a ella. Fue como una tremenda bofetada de calor, a la que siguieron más gritos histéricos y más llantos. Un tremendo crujido resonó cuando parte del primer piso del edificio se derrumbó sobre la tienda, provocando una gran nube de polvo. Una pared se resquebrajó, falta de apoyo…

Cuando, más tarde, los bomberos hubieron terminado de sofocar el fuego, y preguntaron por la señorita que había dado la voz de alarma y disparado unos tiros, la hermosa rubia no estaba allí…, y nadie supo decir qué había sido de ella.

5

La voz llegó suave y nítidamente a sus oídos:

—*Baby*.

Abrió los ojos, se sentó en el sofá, y miró a Simón-Tinama, de pie ante ella. Junto a Simón, estaba Rafael Sanabria, que le sonrió simpáticamente.

—Buenos días, señorita Connors.

—Hola, Sanabria —murmuró Lili—. ¿Lo ha conseguido?

—Desde luego.

La sonrisita persistía en los labios del riontino, así que Lili frunció el ceño. Iba a preguntar a qué se debía la sonrisa cuando, de pronto, recordó algo.

Entonces, también ella sonrió, y se llevó las manos a la cabeza. Sin decir nada, se fue al cuarto de baño de aquel pequeño apartamento que la CIA había utilizado poquísimas veces en Tinama. Cuando salió, llevaba ya puesta la peluca, y las lentillas de contacto de color verde. La sonrisa de Sanabria se amplió, y eso fue todo.

—¿A qué hora es la reunión? —preguntó Lili.

—A las once.

—Bien —ella miró a Simón—… ¿Y respecto a los chinos?

—Han desaparecido.

—¿Cómo que han desaparecido? —Respingó la divina.

—Han levantado el campo. Poco después de medianoche, todos los que teníamos más o menos bajo control, comenzaron a esfumarse, con gran habilidad. En estos momentos, todos nuestros compañeros que están vigilando tanto en Zocoguay como en Riontina aseguran que no queda ni un solo chino a la vista.

Baby parpadeó, todavía desconcertada. Encendió un cigarrillo, y se acercó a la ventana. Estuvo mirando hacia la calle, pensativa. Los chinos habían levantado el campo… ¿Por qué? ¿Porque Tsien Me

había muerto? Bien, realmente podía tener sentido que una vez muerto el cerebro de una operación de espionaje, las demás células abandonasen el juego, fuese cual fuese este, desorientadas. Razonable, lógico. Lo único que no le parecía lógico a Lili Connors era…

—Lo demás todo está bien —oyó de pronto tras ella la voz de Rafael Sanabria—: no hubo ni una sola víctima de los vecinos de los apartamentos de encima de la librería. Pero unas veintitantas personas se han quedado sin hogar. Con vida, eso sí.

—¿Han encontrado ya el cadáver de Tsien Me entre los escombros? —Se volvió Lili.

—Todavía no.

—Bien. De modo que los chinos han desaparecido… ¿No queda ni uno solo, Simón?

—Ni para muestra.

—¿Qué sabemos de Truman Toledo?

—Todo sigue igual…, y el tiempo va pasando. Ya solo quedan tres días.

—Sobra tiempo —sonrió secamente Baby; miró su relojito de pulsera—… Estuvimos trabajando hasta tan tarde que tengo el tiempo justo de comer algo antes de acudir a la cita. ¿Me acompañará usted, Sanabria?

—Si no le molesta —sonrió el jefe del servicio secreto riontino.

—Claro que no. Supongo que ya ha desayunado.

—Huy —agitó una mano Rafael—… ¡Pues no hace horas, que digamos! Pero tomaré café. Eso siempre sienta bien.

—Voy a la cocina a ver qué tenemos —dijo Simón; pero se detuvo de pronto, y señaló una mesita baja, cerca del sofá—… Ahí tiene los informes que me pidió, por si quiere echarles un vistazo.

—¿Qué informes? Ah… Sí, sí, sí… Los de Pombo, Borrero y Navarro, de La Casa de la Moneda. Gracias, Simón. Acomódese a su gusto, Sanabria. Y discúlpeme si no le atiendo: voy a dedicarme a leer un rato.

—Por mí no se preocupe.

Rafael Sanabria se acomodó en un sillón, y se quedó mirando con disimulada admiración a Lili Connors, que comenzó a leer los informes, más por hacer algo mientras esperaba la hora de la cita que por auténtico interés, ya que la intervención del Lien Lo Pou, el

servicio secreto chino, había hecho decrecer a sus ojos la importancia de Orestes Borrero, Juan Navarro y Luis Pombo, respectivamente interventor, tesorero y secretario de La Casa de la Moneda… Por un instante, a Sanabria le pareció que un destello de súbito interés, incluso de sorpresa, pasaba por los verdes ojos de la espía internacional, pero fue tan rápido que se dijo que ni siquiera había existido tal destello.

Mientras desayunaba tardíamente, Lili Connors continuó leyendo los informes. No hizo ningún comentario, no preguntó nada. Cuando terminó de desayunar, Simón retiró el servicio, y ella, con toda naturalidad, le ayudó, llevando cosas a la cocina.

—¿Por qué no me dijo antes —preguntó de pronto— que Raymond Hackman, nuestro Simón desaparecido, tenía relaciones personales con Ana Borrero, la hermana de Orestes Borrero?

Simón quedó un instante desconcertado.

Luego, frunció el ceño.

—Bueno, un momento: no sé qué interpretará usted por relaciones personales, pero…

—No importa lo que yo interprete: dígame usted qué ha querido decir al escribir en su informe estas dos palabras: relaciones personales.

—Bien… Nada serio, que yo sepa. En un par de ocasiones vi juntos a Ray y Ana Borrero por la ciudad, me pareció que debía hacerlo constar. Parecían estar a gusto juntos, pero no sé más. Ni Ray me habló de ello. Quizá ni siquiera debí ponerlo.

—¿Cuánto hace de eso? ¿Era una relación antigua o reciente?

—Que yo sepa, reciente. Pero a decir verdad, nosotros no nos dedicamos a espiar las vidas de nuestros compañeros, ya sabe… Estamos todos lejos de casa, y… Bueno, pues procuramos pasarlo lo mejor que podemos. Ana Borrero es una linda chica, palabra.

—¿Ana Borrero sabe que Raymond Hackman es un agente de la CIA?

—No sé… Pero no lo creo. Su hermano Orestes sí lo sabe, claro; pero es un hombre inteligente y discreto, así que dudo mucho que se dedique a hablar de según qué cosas en su casa. Claro que si su hermana le dijo que salía con Ray, y a Orestes le pareció que ella se lo tomaba muy en serio, quizá pudo advertirla… No sé. ¡Demonios! ¿Cree que eso puede tener importancia, realmente?

—No sé. Podría tenerla si Orestes Borrero tuviese en su informe algo sobresaliente, que llamase mi atención. Pero no es así. Tanto él como Pombo y Navarro parecen personas dignas de toda confianza. En fin, vamos a dejar esto. Seguramente me ha llamado la atención solo por romanticismo. Hasta luego, Simón: me voy con Sanabria a esa cita.

Baby abandonó la cocina, y Simón quedó solo, fruncido el ceño, pensativo incluso después de que hubo oído el ruido de la puerta del apartamento al cerrarse. Por fin, movió la cabeza, y gruñó:

—¿Romanticismo? ¡Y un huevo! Me apuesto un huevo a que tú no eres de las que te fijas en detalles románticos cuando estás trabajando… ¡Qué demonios de romanticismo…!

* * *

La Casa de la Moneda era un edificio que casi podía describirse como romántico. Grande, hermosa, con bellas columnas en el amplísimo pórtico de entrada, pintada de un delicado color rosado que parecía casi blanco… Alrededor de ella, vistosos soldados paseaban en su turno de guardia, armas al hombro. En lo alto del doble tejado ondeaba la bandera nacional, bajo la leve brisa cálida que llegaba del mar. En los hermosos jardines, algunos oficiales de la guardia paseaban conversando entre sí, o con gente vestida de paisano. El aspecto y el ambiente no podían ser más amables, bucólicos… Sí, casi romántico.

—Agradable, ¿verdad? —sonrió Sanabria.

Lili asintió con un gesto, y echó a andar hacia las verjas de la entrada. El coche, que los había dejado frente a esta, se alejaba, conducido por uno de los hombres de Sanabria. Los esperaría un poco más allá del recinto enverjado.

—Podríamos haber entrado con el coche —dijo Sanabria—. Considerando que la autorización que tenemos proviene de…

—Prefiero hacerlo a pie. Veo mejor todo lo que me rodea.

—Ah. Pues muy bien.

La autorización para entrar en La Casa de la Moneda provenía del mismísimo presidente Niceto Melgares, de modo que no tuvieron ninguna dificultad para entrar, ni para moverse por el interior del bello edificio a su antojo; si bien, para sorpresa de

Sanabria, Baby no aceptó la invitación a curiosear, prefiriendo acudir inmediatamente a la cita concertada en aquel edificio.

La cita era en el despacho del interventor de La Casa de la Moneda, Orestes Borrero.

Cuando fueron introducidos en este despacho, su usuario estaba allí, y acudió a recibirlos. Y, como la vez anterior, también formaban parte del grupo Juan Navarro y Luis Pombo. Y, por supuesto, el presidente Melgares. Los tres se pusieron en pie, saludaron a Lili, esperaron a que ocupase un sillón, y volvieron a sentarse. Borrero fue a sentarse tras su mesa, y miró fijamente a la encantadora rubia. Niceto Melgares se movió en su asiento, impaciente.

—Bien… Hemos aceptado reunirnos, señorita Connors. ¿Qué es lo que tiene que decirnos?

—Truman Toledo tiene, en efecto, los mil millones de pesos. Ya no lo duden más.

—Mala suerte —masculló Navarro—… Aún nos quedaba la esperanza de que fuese todo un truco absurdo.

—No lo es. Yo misma vi ese dinero ayer por la tarde.

—¿Dónde? —saltó Melgares—. ¡Díganos dónde está y…!

—Es inútil, señor presidente. En primer lugar, no sé dónde está exactamente, pero sí sé que está en territorio zocoguayo. Y en segundo lugar, está tan bien custodiado que para recuperarlo habría que entablar una batalla que originaría la guerra entre los dos países… Circunstancia a la que nadie quiere llegar, ¿verdad?

Fue mirando de uno a otro hombre, que permanecieron en silencio. Un silencio denso y hosco, hasta que Melgares masculló:

—¿Qué nos sugiere usted que hagamos?

—La verdad es que solo veo dos alternativas: pagar… o no pagar en oro. Si pagamos, Riontina queda arruinada. Si no pagamos, habrá guerra y ruina. Habría que preguntarse cuál de las dos alternativas es la más conveniente.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre a usted? —Gruñó Navarro.

—La verdad es que esperábamos bastante más de la agente Baby —murmuró Melgares.

—Les ruego que tengan presente que para quitarle ese dinero a Truman Toledo habría que emplear la fuerza. Y ya he explicado que el empleo de la fuerza en territorio zocoguayo daría lugar a un

rápido enfrentamiento militar que lógicamente desencadenaría la guerra.

—En resumidas cuentas —murmuró Pombo—, la colaboración de usted se ha reducido a asegurarnos que ha visto el dinero.

—Caballeros, yo no soy un hada; soy solamente una espía. Si fuese un hada, no habría problemas de ninguna clase en el mundo.

—Me parece —intervino Orestes Borrero, con un extraño destello en los ojos— que estamos siendo descorteses, incluso desagradables, con la señorita Connors. El problema es nuestro, y ella, ciertamente, no puede hacer milagros. Cualquier tipo de agresión a esa camioneta en territorio zocoguayo, originaría la guerra, eso es indudable. Y como no hay otro medio de hacernos con esos mil millones, debemos tomar una decisión. Naturalmente, yo voto por pagar. La guerra sería peor. Bueno, ya sé que la última palabra la tiene el señor presidente, pero…

Melgares soltó un gruñido, y quedó sombríamente pensativo. De pronto, miró a Lili.

—¿Qué me dice de una acción por parte de la CIA? —pregunto —. Unos cuantos de ustedes, ajenos al ejército riontino…

—Usted, señor presidente —cortó suavemente Baby—, parece olvidar que la frontera está llena de soldados zocoguayos. ¿Cuántos pueden ser en total? ¿Dos mil, cuatro mil quizás…? La CIA está preparada, sin duda, para dar un golpe de mano por sorpresa, pero en esta ocasión, no habría sorpresa, y aunque yo reuniese a cien hombres, tendrían que enfrentarse a un regimiento…, que está en maniobras, y por tanto, en plena acción «simulada» de campaña, con toda clase de pertrechos, disposiciones tácticas, y toda clase de elementos de agresión y defensa… Espero que entienda usted la imposibilidad de ese golpe de mano de cien hombres contra un regimiento militar.

—Hay que pagar, Niceto —insistió Borrero. Melgares movió la cabeza.

—Pagaremos —gruñó furiosamente—. Pero todavía quedan tres días para encontrar una solución. Si en ese tiempo, ninguno de nosotros ha encontrado esa solución, pagaremos. ¿Qué dice usted, señorita Connors?

—Me parece la medida más prudente… Mientras tanto, les aseguro que durante estos tres días pensaré detenidamente en el

asunto, y haré todo lo posible por solucionar el problema de otro modo. Bien entendido que no garantizo encontrar una solución.

—Está bien. ¿Alguna cosa más?

—Por mi parte, no —negó la espía.

Melgares se puso en pie, y los demás le imitaron. El presidente de Riontina y Pombo y Navarro se dirigieron hacia la puerta. Desde allí, miraron sorprendidos a Lili, que continuaba sentada.

—¿No viene usted, señorita Connors?

—Si no hay inconveniente, me gustaría dar una vuelta por La Casa, señor presidente. He pensado que el señor Borrero sería tan amable de mostrármela.

—Lo haré con mucho gusto —exclamó Borrero.

Melgares y los otros dos se despidieron de Lili, y abandonaron el despacho de Orestes Borrero. Afuera, esperando, estaba Sanabria, que captó la seña que le hizo Lili para que esperase, y asintió. Cuando la puerta se hubo cerrado, la espía miró a Borrero, que bajó la mirada. Una mirada en la que había un destello de alegría que Baby pensó que podía ser solo imaginación suya.

—Cuando usted guste podemos comenzar —dijo Borrero.

—Oh, ahora mismo… No quisiera hacerle perder demasiado tiempo.

—Todo mi tiempo es suyo —sonrió el interventor de La Casa.

Salieron del despacho, y acompañados por Sanabria emprendieron la visita que satisfaría la curiosidad de la espía internacional. Como era lógico, Borrero conocía las respuestas a todo cuanto Lili pudiese preguntar, y la fue informando cumplidamente. Recorrieron los almacenes de papel, tintas y otros materiales; las cajas de seguridad donde se guardaban las planchas; los talleres donde, en aquel momento, no había una sola máquina en funcionamiento… Todos los empleados de La Casa de la Moneda estaban parados, formando pequeños grupos, murmurando. Recorrieron el servicio de contaduría, el de corte, el de enfajado de billetes para su envío al Banco Nacional encargado de su distribución. Estuvieron incluso en el pequeño Museo de la Moneda, donde estaban expuestos todos los billetes y monedas que La Casa había emitido desde su fundación.

—Bien —sonrió Borrero—, ya ha visto usted todo lo que…

—Me gustaría ver el oro —le interrumpió suavemente Lili.

—¿El oro?

—Sus reservas de oro. Es indudable que ustedes tienen lingotes de oro por valor de esos mil millones de pesos, ¿no?

—Claro. Se me había pasado por alto —sonrió Borrero—… Vamos al sótano.

El sótano era una gran nave que ocupaba la mitad de la superficie del edificio. Una gran nave sin tabicado alguno, grande, limpísimo. Dos guardias hacían su turno de vigilancia allí, aburridamente. No les impresionaba en absoluto la presencia de la gran pila de lingotes de oro que se veían tras las sólidas y gruesas rejas situadas al fondo de la nave. Lili, Borrero y Sanabria se detuvieron ante las rejas, y se quedaron mirando aquella fortuna, que relucía con suavidad.

—Es hermoso, el oro —murmuró Sanabria.

—Es más hermoso un campo sembrado de trigo —dijo Lili. Orestes Borrero dejó escapar una risita nerviosa.

—Son puntos de vista —expuso—. Y desde luego, el suyo no es de los peores señorita Connors.

—Muy amable. ¿Cuánto puede valer, en dólares americanos, un lingote de esos?

—Unos ocho mil dólares.

Lili hizo una seña a Sanabria, este la ayudó a sostener en alto el maletín, y la espía sacó del doble fondo un fajo de billetes norteamericanos. Contó diez mil dólares, y los tendió al desconcertado Orestes Borrero.

—Les compro a ustedes un lingote. Borrero palideció.

—¿Qué… qué dice…?

—Que les compro un lingote por diez mil dólares. Es un capricho que espero no perjudique a nadie. A fin de cuentas, dentro de poco ya no tendrán ahí dentro ningún lingote.

—Pero… pe… pero no… no puede ser… ¡No puede ser!

—¿Por qué no? —sonrió la divina—. Estoy pagando más de lo que vale, y en dólares americanos, señor Borrero.

—No, no… ¡No puede ser! Comprenda usted… Yo no soy el propietario de este oro… Solo soy el interventor… El oro… el oro es del pueblo, de los riontinos… Sí, ya sé que pronto no lo tendremos, pero esta venta no es posible… Perdóneme, pero…

—No se preocupe —sonrió Lili—. Comprendo su postura, señor

Borrero.

Además, la mía es ciertamente una oferta insólita, lo reconozco. Creo que será mejor que desista de mi capricho.

Guardó el dinero, cerró el maletín, y sonrió al todavía estupefacto Rafael Sanabria. Borrero se pasó una mano por la frente, y consiguió sonreír.

—Lamento no haberla complacido en esto, pero… comprenda usted…, no es posible… Bueno, no es usual…

—Ya le he dicho que comprendo su postura. Y no se preocupe por su negativa; no le guardo rencor. Bueno, sí, la verdad es que estoy un poco disgustada con usted…, pero se me pasaría si me invitase a champaña.

—¿A… a champaña…?

—Champaña: ese líquido que tiene justamente color de oro, y con encantadoras burbujitas dentro. Bien frío, es delicioso. Espero que lo haya probado alguna vez, señor Borrero.

—Eee… Sí, claro, naturalmente, sí… Bueno, no acostumbro tener champaña en La Casa, señorita Connors, pero…

—¡Santo cielo, claro que no! —Rio Lili—. Pero podría ir esta tarde a su casa, a tomarlo allí. ¿A qué hora regresa usted a su casa?

—A las cinco y pico, después de…

—¿Le parece bien a las seis?

—Pu… pues… Sí, a las seis, muy bien. Vivo en…

—Sé dónde vive usted. Bien, señor Borrero, no quiero entretenerle más. Gracias por todas sus atenciones…, y por su invitación. A las seis. Y le advierto que soy puntualísima.

—Ah, muy bien… Muy bien.

Era cerca de la una del mediodía cuando Lili Connors y el desconcertadísimo Rafael Sanabria abandonaban La Casa de la Moneda. Ya fuera del recinto enverjado, el coche se acercó a recogerlos. Una vez acomodados en su interior, Sanabria preguntó:

—¿Vamos al apartamento?

—No. Iré a almorzar por ahí, en cualquier restaurante cerca de la playa. Me encanta el mar… Luego, iré al cine, para hacer tiempo hasta las seis.

—¿Al cine? —Se pasmó Sanabria.

—También me gusta el cine… ¿Cuántos hombres puede usted reunir, Rafael? Hombres de pelo en pecho, como dirían ustedes.

Tipos duros, que decimos los yanquis. ¿Cuántos?

—Cuarenta, cincuenta… Depende. ¿Para qué…?

—Reúnalos, ármelos bien, y procúrese una radio de campaña con la que, aunque se halle a trescientos kilómetros de Tinama pueda comunicarse con Simón, con el cual se pondrá de acuerdo en este sentido. Luego, con esa radio, las armas, y los cuarenta o cincuenta hombres, cruzarán la frontera con Zocoguay, bien lejos de donde están las tropas de este país realizando esas «maniobras». Ya dentro de Zocoguay… ¿Tiene un mapa?

—Pues no, no llevo…

—Hay uno en el coche —dijo el chófer de Sanabria.

Lo sacó de la guantera, y lo tendió hacia atrás. Lili lo tomó, lo desplegó, lo estudió durante unos segundos, y finalmente, señaló una zona.

—Ya dentro de Zocoguay, ocuparán ustedes esta zona… Con muchísimo cuidado, porque hay muchos soldados zocoguayos en ella. Deben convertirse en el comando más sigiloso del mundo. Una vez allí, todo lo que tienen que hacer es esperar y vigilar. Si nada pasa, dentro de tres días regresan a Riontina, por el misino discreto camino. Si ocurre algo… especial, comuníquese con Simón y espere instrucciones. ¿Lo entiende?

—Sí —asintió Sanabria, fruncido el ceño—… Lo que no entiendo es por qué tengo que obedecerla a usted.

—No tiene que hacerlo, Rafael. Pero me gustaría saber ahora mismo si lo va a hacer o no.

El jefe del servicio secreto de Riontina se quedó mirando fijamente a la hermosa rubia…, que no era rubia, sino que tenía los cabellos negros, y los ojos azules, no verdes. Miró el mapa, miró de nuevo a la espía de la que tantas y tantas fantasías se contaban, y, por fin, murmuró:

—Lo haré.

—Gracias. Me apeo aquí mismo.

6

Se apeó delante de la casa, cerró la portezuela del coche, y miró su relojito de pulsera: eran las seis en punto de la tarde. Comenzó a caminar hacia el porche, mirando a todos lados. La casa tenía un jardín pequeño, pero encantador; por la fachada subía un arbusto de rojas flores que refulgían al sol, como toda la casa, pintada de blanco, con el tejado rojo. Se olía a flores y a tierra fresca.

La puerta de la casa se abrió justo cuando Lili llegaba al porche, y Orestes Borrero apareció, sonriente…, aunque en el fondo de sus oscuros ojos Baby creyó ver una sombra de expectación, incluso de inquietud.

—Observo que es verdaderamente puntual, señorita Connors. Sea bien venida.

—Gracias. ¿Está fresco el champaña?

—¡Por supuesto! —Rio Borrero—. Pase, por favor.

Nada más entrar en el salón al que la condujo Borrero, la mirada de Lili Connors fue atraída irresistiblemente hacia la mujer que ocupaba la silla de ruedas orientada hacia la entrada. Junto a la silla de ruedas, de pie, había otra mujer, pero Lili solamente tenía ojos para la inválida que ocupaba la silla rodante. Su belleza era como… irreal, como algo hecho de frágil cristal; su rostro era tan dulce y delicado que sobrecogía; sus negros ojos, grandísimos, contemplaban a Lili como una niña podría contemplar un maravilloso juguete desconocido que puede depararle mil sorpresas agradables. Era tan delicadamente hermosa, tan frágil, tan joven, tan dulce, que la espía más implacable del mundo se quedó sin habla, fascinada.

—Mi esposa Marta —oyó junto a ella el susurro de Borrero—… Y mi hermana, Ana. Queridas, os presento a la señorita Connors, de la que hemos estado hablando.

—¿Cómo está usted? —Le tendió la mano Marta Borrero, la

esposa del interventor de La Casa de la Moneda—. Me alegra mucho que Orestes la haya invitado, señorita Connors.

—Gracias, muy amable —musitó Lili—… Me alegra conocerla, señora Borrero; y a usted, señorita Borrero.

Había estrechado la mano a Marta, y luego lo hizo con Ana, a la que finalmente miró. Ana Borrero era una muchacha joven, hermosa, llena de vitalidad y salud, magnífica, de grandes ojos y cuerpo espléndido y prieto. Era muy, muy bonita…, pero con una belleza totalmente diferente a la de Marta, que parecía hecha de suave luz…

—¿No sabía usted que estoy casado? —murmuró Borrero.

En un instante, el informe de Simón pareció proyectarse en la mente de Baby. Por cierto que constaba que Orestes Borrero estaba casado, y que su esposa estaba inválida de ambas piernas…, pero no constaba que Marta Diosdado de Borrero fuese tan… luminosamente hermosa, tan extrañamente, maravillosamente hermosa, increíblemente hermosa.

—Sí… Sí, sí —asintió por fin Lili—… Lo sabía, pero no sabía que su esposa fuese… así. Lo siento.

—¿Se refiere a mi invalidez? —preguntó sonriente Marta—. No se preocupe demasiado. Llevo ya mucho tiempo así, y aunque los médicos aseguran que nada puede hacerse, no pierdo la esperanza.

—Eso es magnífico —murmuró Lili.

—Precisamente, en estas últimas semanas estamos intentando llegar a un acuerdo con un médico norteamericano, residente en Chicago, que parece ser que… Bueno, no me gusta forjarme vanas esperanzas. ¡Y además, es tan caro todo!

—Ya convinimos que no se hablaría de eso, Marta —palideció Orestes Borrero.

—Sí… Es verdad. Lo siento, querido. Oh, pero siéntese, por favor, señorita Connors. Usted ha venido a tomar champaña… ¡y yo voy a aprovechar su visita para tomar una copa! ¡Hace tanto tiempo que tengo prohibido…!

—Nada de eso —saltó Ana—: ¡tú no beberás, Marta!

—Oh, solo una copita, querida…

—Me temo que he venido a provocar una pequeña discordia familiar —dijo Lili—. Pero, cuando me invité yo misma a tomar champaña no sabía nada de esto, señor Borrero.

—No se preocupe —sonrió con un esfuerzo Orestes—… Marta es muy juiciosa, y sabe lo que le conviene. De todos modos, yo creo que una copita de champaña, después de tanto tiempo, no puede hacerle ningún mal. Vamos, Ana, no seas gruñona, y ve a decir que nos sirvan el champaña.

—Ella no debería tomar —refunfuñó la muchacha.

Lili Connors se había sentado ya. Echó un discreto vistazo alrededor. Todo evidenciaba buen gusto y una sólida posición… excepto dos cuadros sorprendentemente vulgares, de bajísima calidad, que no encajaban allí en absoluto.

Cuando Lili miró de nuevo a Marta, esta le sonrió tímidamente.

—Son unos cuadros horribles, ¿verdad?

—No sé —mintió Baby—… No entiendo de pintura, señora Borrero.

—Yo sí. Preferiría no tener nada, pero algo había que poner en esas paredes, para tapar los huecos que…

—¿Ha tenido dificultades para encontrar la casa? —preguntó abruptamente Orestes.

—No, en absoluto.

—Me ha dicho Orestes —aceptó dulcemente Marta el brusco cambio de conversación— que es usted una gran periodista admiradora de nuestro pobre país, y que piensa hacer unos bonitos reportajes. ¿Puedo contar con que se publicarán en español, para poder leerlos?

Lili miró a Borrero, que desvió la mirada. Luego, la espía miró de nuevo a Marta, y sonrió.

—Naturalmente que se publicarán en español. Y espero que le gusten.

—A mí me gusta todo —rio Marta—. A veces pienso que hace falta estar loca para sentir interés por la vida, estando inválida, fuera de tantas posibilidades como tienen los demás. ¿Le parece a usted que estoy loca?

—En absoluto —sonrió Lili—; todo lo contrario, su actitud me parece juiciosa e inteligente. Estoy segura de que debe de ser de gran ayuda para su marido contar con una compañera inteligente.

—Oh, me gustaría mucho hacer eso, pero le aseguro que Orestes no necesita mi ayuda. Es muy inteligente, siempre encuentra soluciones para todo, y si él…

—Vamos, Marta, ya está bien —sonrió Borrero, un tanto crispadamente—. Me estas ensalzando demasiado, con lo que solo vas a conseguir que la señorita Connors se forme una opinión desagradable de nosotros.

—Todo lo contrario —le miró Lili, sorprendida—. Ustedes dos me están pareciendo una pareja encantadora. Por otra parte, yo ya he comprendido que usted es inteligente, señor Borrero.

—¿Sí? —exclamó Marta—. ¿Por qué?

—Es evidente: un hombre que ama a una mujer como usted pese a las circunstancias desafortunadas, no solo me parece inteligente, sino exquisitamente humano y digno de confianza.

—Bueno —bufó Orestes Borrero—… ¡Usted sí que sabe cómo relacionarse con las personas, señorita Connors!

—He adquirido una interesante experiencia en mis muchos años de tratar con toda clase de personas —murmuró Baby.

—¡Aquí llega el champaña! —exclamó Marta—. ¡Hace tanto tiempo que no lo pruebo…!

El champaña llegaba en manos de una criada de la casa, que fue la encargada de servirlo. Mientras bebían, Lili Connors miraba con expresión casi ingenua de una a otra a aquellas tres personas que le estaban resultando sumamente sorprendentes e interesantes. ¿En verdad Orestes Borrero era capaz de resolver cualquier problema, siempre encontraba soluciones para todo?

En tal caso, cabía suponer que muy bien podía tener pensada alguna solución para resolver el asunto de los mil millones de pesos. Pero, si tenía algo pensado al respecto, estaba claro que no pensaba comunicarlo a nadie…, al menos, de momento.

El teléfono sonó cuando había en la sala un silencio un tanto forzado, y la criada se retiraba ya.

Desvió su marcha, fue a atender la llamada, y se volvió a mirar a Ana Borrero, tendiéndole el auricular.

—Es para usted, señorita Ana.

—Gracias, Andrea. ¿Quién es?

—No lo ha dicho. Le preg…

—No, no, es igual. —Ana llegó, tomó el auricular, y preguntó—: ¿Diga? Soy Ana…

Lili Connors captó inmediatamente la súbita palidez de la muchacha, que durante un par de segundos quedó sin habla. Luego,

inquirió, con voz tensa, aguda:

—¿Dónde estás? Quiero que nos veamos, para explicarte…

Apartó el auricular, y se quedó mirándolo.

Todos comprendieron que la comunicación había sido cortada. Muy despacio, Ana colgó el auricular, y se volvió a mirar a su hermano. Luego, sin decir palabra, abandonó la sala.

—Disculpen un momento —murmuró Orestes.

Dejó la copa de champaña y salió en pos de su hermana. Lili miró a Marta, que parecía no comprender nada, aunque sí estaba un tanto inquieta. Sonrió al captar la mirada de Lili.

—Espero que no haya sucedido nada grave. Aunque si así fuese, me lo ocultarían, de todos modos. Desde que ocurrió el accidente me tratan los dos como si fuese… una flor de invernadero.

—Es natural —murmuró Lili—. Bien, según parece, mi visita no ha sido demasiado oportuna, así que…

—No, no, por favor… Estoy segura de que sea lo que sea lo que esté ocurriendo, Orestes lo solucionará. Él siempre lo soluciona todo… Se lo ruego, señorita Connors, quédese un rato más: me gusta conversar con usted.

—Muy amable. Si realmente no molesto…

Orestes Borrero regresó tres o cuatro minutos más tarde, pero no su hermana…, lo cual ya sabía Lili Connors, pues su fino oído había captado el zumbido de un coche alejándose de la casa…

* * *

Ana Borrero conducía el coche demasiado tensa, tanto; que finalmente se dio cuenta de ello, e hizo un esfuerzo por tranquilizarse, so pena de tener un accidente.

«—No puede ser —pensaba—… ¡No es posible que haya escapado de allí! Javier y Evelio saben hacer las cosas… ¡Y esa cosa es tan fácil de hacer!».

Lo peor de todo era que, precisamente en busca de un lugar totalmente aislado, la casa elegida ni siquiera tenía teléfono, de modo que no podía comunicarse con ellos más que yendo allá. Un nudo de angustia se formó en su garganta al pensar que podía encontrar a Evelio y Javier muertos, o malheridos; sería un alto precio a su fidelidad…

Estuvo viajando más de media hora. Por fin, después de meter el coche por un camino pésimo, lleno de piedras, Ana Borrero divisó la pequeña casita, casi una choza, construida a la sombra de unos raquíticos árboles. Un minuto más tarde, detenía el coche delante de la casa y se apeaba. Apenas había dado un par de pasos hacia la puerta, esta se abrió, y en el umbral apareció un hombre de mediana estatura, rollizo, sonriente bajo el enorme y simpático bigotazo de guías caídas.

—¡Buenas tardes, señorita Ana! —saludó alegremente—. Supongo que trae tabaco para todos. Se nos terminó esta mañana.

El corazón de Ana Borrero dio un tremendo salto. Se detuvo delante del simpático personaje, y exclamó:

—¿No ha sucedido nada, Evelio?

—¿Qué? —Se sorprendió este.

Ana lo apartó, entró en la casa, y corrió hacia una de las habitaciones, en la que entró impetuosamente. Otro hombre, más delgado que Evelio, sin bigote, de ojillos menudos y chispeantes, que estaba sentado en un sillón, se puso velozmente en pie al verla, saludando.

—¡Hola! ¿Viene a ver a nuestro amiguete, señorita Ana?

Ana ni siquiera miró a Javier. Su mirada fue, ansiosamente, hacia el otro hombre que había en la habitación. Hacía varios días que no se había afeitado, pero su atractivo varonil permanecía incólume. Sus ojos eran claros, sus cabellos castaños, sus facciones resultaban un tanto rudas, quizá solo enérgicas, pero sin duda alguna atractivas… Y ese hombre permanecía encadenado a una vieja cama de hierro por un solo grillete que encerraba su tobillo derecho. Se quedó mirando fijamente a Ana Borrero, que jadeó:

—Estás aquí… ¡No has escapado!

Raymond Hackman frunció el ceño, con lo que su expresión hosca aumentó.

—¿Has venido a pitorrearte? —Gruñó.

—No lo entiendo —casi sollozó Ana—… ¡No lo entiendo!

—¿Qué es lo que no entiendes? —Gruñó de nuevo el agente de la CIA.

Ana se dejó caer en otro sillón. Evelio había aparecido tras ella en la puerta del dormitorio, y, como Javier, la miraba sin comprender nada. Nadie comprendía nada allí. Tras unos segundos

de aterrada reflexión, Ana tuvo que comprender. Miró a Raymond Hackman.

—Hace un rato… me han llamado a casa por teléfono… Y parecías tú. Me pareció… que era tu voz, susurrante, como desfallecida. Dijiste que habías escapado, y que preparase una buena explicación; luego, colgaste… Es decir… ¡No eras tú! ¡Me han engañado! Dios bendito me han tendido una trampa en la que he caído como una tonta… Pero no comprendo… ¿Quién ha podido hacer una cosa así, quién ha podido adivinar que yo conocía tu paradero?

Una expresión de alegría y de incredulidad al mismo tiempo apareció en el barbudo rostro de Raymond Hackman. Hasta entonces había estado sentado en el borde de la cama, leyendo una revista, pero, de pronto, se dejó caer hacia atrás, riendo a mandíbula batiente. Evelio y Javier cambiaron una mirada de inquietud, miraron a su prisionero, y luego a Ana Borrero, que estaba lívida.

—¡Fantástico! —Pudo decir Hackman, entre risas—. ¡Fantástico y formidable! ¡Genial! ¡Estaba seguro de que sucedería, de un modo u otro! Querida mía —volvió a sentarse en la cama, para mirar socarronamente a Ana—, voy a daros el mejor consejo que habréis recibido en vuestras vidas: quitadme este grillete, entregadme vuestras armas, y dejad que yo me encargue de resolver la situación. De otro modo, mucho me temo que lo vais a pasar muy, pero que muy mal… ¡Muy mal, de veras!

—Se ha vuelto loco —dijo Evelio, tocándose una sien con un dedo.

Y eso estaba haciendo, compadeciendo la salud mental del agente de la CIA, cuando recibió el tremendo golpe por detrás, que lo tiró al centro del dormitorio.

Ana y Javier vieron a la vez al hombre que se lo había propinado, y que, pistola en mano, entró rápidamente en el cuarto…, seguido de otros dos, igualmente armados, y, sin duda alguna, dispuestos a disparar a la menor señal de peligro.

—¿Qué tal, Ray? —preguntó uno de ellos.

—Estoy bien —rio Hackman—… ¡Tranquilizaos, estoy bien! ¿Dónde está ella?

—Ya vendrá —sonrió el otro agente de la CIA—… Y no creo que

tarde mucho.

Ana Borrero volvió a sentarse en el sillón, y estalló en sollozos.

* * *

—¡Es usted muy simpática! —rio Marta Borrero—. ¿De verdad tiene que marcharse tan pronto? ¡Me gustaría que se quedase a cenar!

—Lo siento —sonrió Lili—, pero de verdad, tengo un compromiso que no puedo desatender. Han sido ustedes muy amables.

Marta retuvo la mano que le tendía la espía internacional.

—Por favor, vuelva por aquí, Lili… ¡Venga siempre que pueda, se lo ruego!

—Lo haré con mucho gusto. Espero que no lo haga porque mi visita sea un buen pretexto para pedir que le permitan beber champaña.

De nuevo rio Marta Borrero. Se despidieron definitivamente, y Lili Connors abandonó la sala, acompañada de Orestes, que fue con ella hasta el coche, y le abrió la portezuela.

—Gracias por su visita, señorita Connors.

Ella le miró escrutadoramente.

—Hay algo que le tiene sorprendido, ¿verdad, Orestes?

—Bueno… Como la conozco un poco mejor, creo que puedo permitirme ser sincero con usted: tenía otro concepto, otra opinión, de la agente Baby de la CIA.

—Entiendo. ¿Su opinión sobre mí ha mejorado?

—Muchísimo.

—En ese caso, quizá tenga algo que decirme que no ha querido o no ha podido decirme hasta ahora, Orestes.

—No —se turbó Orestes—… No, no. Bueno, no entiendo…

—Gracias por el champaña —murmuró Lili Connors.

Se metió en el coche, lo puso en marcha, y se alejó. Apenas debía de estar a medio kilómetro de allí cuando sacó la radio de bolsillo, y apretó el botoncito de llamada.

—¿Sí? —Sonó la voz masculina en el aparato.

—Hola, Simón. ¿Hemos conseguido algo?

—¿Algo? Acaba de llamarme uno de nuestros compañeros: hemos dado en el centro de la diana. ¿Tiene un mapa?

—Sí.

—Muy bien. Busque la carretera nacional número 12, y siga por ella hasta…

Media hora más tarde, Lili Connors detenía su coche junto al de Ana Borrero. Cuando se apeó, un agente de la CIA salió de la casa y se tocó la frente con dos dedos, en informal saludo militar.

—Objetivo conseguido, Majestad. Ningún problema.

—Gracias, Simón —sonrió la divina.

Entró en la casa, y segundos después se detenía en el umbral del saloncito, donde estaban reunidos todos, ya Hackman sin el grillete. Al verla, Hackman se puso en pie de un salto.

—¡Lo comprendí enseguida! —gritó—. ¡En cuanto Ana comenzó a decir que no entendía nada, yo lo comprendí todo!

—¿Está bien, Simón? —sonrió Baby.

—Estaré mejor cuando me afeite. ¿Cómo demonios supo usted que Ana tenía algo que ver con mi desaparición?

—Simple intuición. La verdad es que ha sido un tiro al azar. Hay algo extraño en torno a los Borrero, así que preparé esta inocente trampa a la señorita Borrero: Simón-Tinama la llamó cuando yo estaba en la casa, naturalmente siguiendo mis instrucciones, y habló con voz ahogada, diciendo que era usted, que había escapado. Nada más ver la expresión de Ana Borrero comprendí que había acertado, que usted no estaba muerto, sino… retirado de la circulación. Y claro está, cuando ella se vino hacia aquí, fue seguida. Muy sencillo.

—¡Qué demonios de sencillo…! ¡Ha sido genial! ¡Y ahora esta mala pécora va a explicarme…!

—No me hables así —gimió Ana, con los ojos llenos de lágrimas—… ¡Por favor, Ray, no me hables así!

Rompió a llorar, dejando desconcertado a Hackamn, que miró de nuevo a Lili Connors… Afuera se oyó la llegada de otro coche, y a los pocos segundos Simón-Tinama apareció en el saloncito. Miró a Hackman, sonrió guiñando un ojo, y luego miró a Baby.

—Nadie la ha seguido a usted. Ni a mí.

—Magnífico.

—¿Y esta quién es? —masculló por fin Evelio, tras palparse cuidadosamente el chichón que tenía en la parte posterior de la cabeza.

—¿Y quién es usted? —preguntó a su vez Baby, amablemente—.

¿Y quién es su compañero, y qué pintan ustedes en todo esto?

—Son buenos amigos de mi hermano —respingó Ana—… ¡Son buena gente, no han hecho nada malo, solo ayudarnos a Orestes y a mí!

—De acuerdo —la miró Lili—. ¿A qué les han ayudado?

—Pues a… a retirar de la circulación a Ray.

—¿Por qué?

—No lo sé… ¡No lo sé, eso solo lo sabe Orestes, él me dijo lo que teníamos que hacer, y lo hicimos! Yo… yo no le deseo a Ray ningún mal, al contrario, yo… yo…

—Ahora dirá que me ama —farfulló Hackman—… ¡Farsante!

—No, Simón, no es una farsante —movió la cabeza Lili—. Pero ha tenido que obedecer a su hermano, porque este la ha convencido de que era el modo de evitar males mayores. ¿No es cierto, señorita Borrero?

—Sí… ¡Sí, sí, sí!

—Tranquilícese. Y le aconsejo que sea sincera conmigo, en bien de todos. ¿Realmente no sabe por qué su hermano le ordenó que entre usted y sus amigos retirasen de la circulación a Sim… a Ray Hackman?

—¡Le juro que no lo sé! ¡Pero no puede ser por nada malo! ¡Mi hermano nunca haría nada malo!

—Así lo espero. Ustedes están arruinados, ¿no es cierto?

Ana Borrero tragó saliva, vaciló, y por fin asintió.

—Sí, es cierto. ¿Cómo lo sabe?

—Tienen en su sala de recibo dos cuadros que no encajan allí de ninguna manera. Son vulgares, baratos…, y pude comprender que están allí solo para tapar los huecos que dejaron cuadros de mucho más valor artístico y crematístico. Es evidente que los Borrero se han arruinado en su deseo de conseguir los mejores médicos para Marta. Pero esto es una cuestión… privada, familiar, en la que no quisiera ahondar más de la cuenta. Pasemos a lo que interesa: yo sé que Orestes está relacionado con todo este asunto de los mil millones de pesos «fantasmas», y sé también que él desea que Riontina entregue el oro a cambio de esos billetes… Me di cuenta cuando vi el brillo de sus ojos, su expresión de incontenible alegría cuando esta mañana yo expuse la situación y se vio claramente que la solución menos mala era pagar… Él quiere que ese oro salga de

los sótanos de La Casa de la Moneda. ¿Por qué, Ana?

—¡No lo sé…! ¡Y no creo que sea cierto eso que usted dice!

—Puede estar segura de que es cierto. Y hasta puedo… exponer una idea al respecto: no hay oro en los sótanos de La Casa de la Moneda.

Ana Borrero se quedó mirando estupefacta a Lili Connors.

Tan estupefacta como Evelio, Javier, y todos los agentes de la CIA allí reunidos.

—¿Cómo que no hay oro? —musitó por fin Hackman.

—Me precio de ser una buena psicóloga, Simón. Y en personas como los Borrero, la cara es el espejo del alma, realmente. Le ofrecí a Orestes Borrero comprar un lingote por más de su valor…, y casi se me desmayó del susto. Yo creo que es porque lo que hay allí no es oro… ¿Qué se les ocurre a ustedes?

—¡Usted no sabe lo que dice! —exclamó Ana Borrero.

—Será mejor que cierres la boca —murmuró Hackman, mirándola enfurruñado—: si alguien sabe siempre lo que dice es ella, Ana.

—Pero ese oro… ¡tiene que estar allí! ¡Si está tratando de decir que mi hermano lo robó…!

—¿Y los chinos? —La interrumpió Lili—. ¿Qué tiene que ver su hermano con los chinos?

—¿Con los…? ¡Pero qué dice usted…! ¿Está loca?

—Creo que no —sonrió de pronto Lili Connors—…, pero le aseguro que sí estoy muy desconcertada. Me gustaría arreglar las cosas por las buenas, Ana, y el mejor modo sería que usted me dijera todo lo que sabe.

—Pe… pero… pero yo no sé nada… Solo sé que Orestes planeó la trampa que… que le tendimos a Ray, pero no me dijo por qué… Dijo que ya me lo explicaría todo, cuando fuese oportuno.

—¿Y usted se conformó solo con eso?

—¡Claro que sí! ¡Orestes nunca haría nada malo, lo sé!

Lili Connors fue a sentarse, y quedó pensativa. Era cierto que no entendía qué clase de jugada pudiese estar realizando Orestes Borrero. Desde luego, estaba segura de que él se había alegrado cuando parecía que la única solución era pagar con oro a los de Zocoguay. Pero, ciertamente, esto no tenía sentido si lo que había en los sótanos de La Casa de la Moneda no era oro, ya que en ese

caso, Truman Toledo se daría cuenta enseguida, no se iba a dejar engañar tan tontamente…

La idea brotó de pronto en la mente de la espía internacional: ¿estaban de acuerdo Truman Toledo y Orestes Borrero? Si era así…

La radio de bolsillo de todos los agentes de la CIA emitió un zumbido, de pronto. Lili miró a Simón-Tinama, asintió, y el espía fue quien se hizo cargo de la llamada.

—¿Sí, qué hay? —mascullo en español.

—Oye, Spencer, ha llamado Sanabria desde su puesto de observación en Zocoguay —sonó nítidamente la voz del otro agente de la CIA—: dice que los chinos han reaparecido.

Desconcertado, Simón miró a Baby, que se había apresurado a sacar su propia radio de bolsillo, y estaba preguntando ya:

—¿Dónde han reaparecido, Simón?

—Hola, Baby… ¿Dónde? Sanabria dice que en las montañas, bastante cerca de la frontera, no demasiado lejos del lago Argente. Hay un montón de chinos, y algunos suramericanos, bien armados, que están buscando algo, sigilosamente, por esas montañas. Parece inevitable que muy pronto se tropiecen con soldados zocoguayos… Sanabria me ha dicho que le pregunte a usted qué tiene que hacer él. No entiende nada.

—Llame inmediatamente a Sanabria y dígale que no haga NADA, Mejor dicho, sí: que regrese a Riontina inmediatamente con todos sus hombres, sin disparar un solo tiro, sin dejarse ver ni por los chinos ni por los soldados zocoguayos. ¡Que no se meta en lo que va a ocurrir!

—*Okay*, se lo diré. Pero… ¿qué va a ocurrir?

—Los chinos están buscando la camioneta que contiene los mil millones de pesos, y si la encuentran no ocurrirá nada bueno. Insístale a Sanabria que no intente nada.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos nosotros? Tenemos allá muchos compañeros que…

—Que regresen todos inmediatamente a Riontina. No solo los que habitualmente operan aquí, sino todos los destinados en Zocoguay. Y que regresen a toda prisa, Simón.

—Pero si hacemos eso vamos a perder el control de…

—Eso es todo, Simón.

—*Okay*.

La comunicación fue cortada. Cinco minutos más tarde, tras una conferencia del personal de la CIA, que naturalmente dirigió Baby, todos sabían lo que tenían que hacer. Javier y Evelio fueron atados de pies y manos, y Raymond Hackman, sonriendo hoscamente, llevó a Ana Borrero al cuarto donde él había estado prisionero. Allí, colocó el grillete en un tobillo de la muchacha, que le miraba implorante, y al terminar le dio un cachetito en una mejilla.

—Esto te pasa por mentirle amor a un agente de la CIA.

—Ray, yo…

Pero Hackman salía ya del dormitorio. En la salita, los dos amigos de Ana estaban ya sólidamente atados. Baby miró a Hackman.

—Usted se quedará aquí, vigilando a los prisioneros, Simón. ¡Y nada de discusiones! Quiero que descanse, simplemente. Además, espero que tenga el suficiente sentido del humor para saber disfrutar del cambio de situación.

—Lo intentaré —gruñó Hackman—. Pero me gustaría…

—Se queda aquí —zanjó la espía.

Un minuto después, Baby y sus Simones habían partido en los dos coches, dejando frente a la casa solamente el de Ana Borrero.

Raymond Hackman estuvo unos minutos en la sala, fumando, sin hacer caso a Evelio y Javier, que, ciertamente, no las tenían todas consigo… Cuando terminó el cigarrillo, Hackman fue al dormitorio donde estaba encadenada Ana Borrero.

Pese a todo, el agente de la CIA continuaba sintiendo por la muchacha lo mismo que le había inducido a aceptar días antes lo que ella le había propuesto… Y esto tenía no poco amargado a Hackman, que entró en el dormitorio entre deprimido y disgustado consigo mismo.

—Vamos a aclarar… —empezó. No dijo nada más.

Ana Borrero continuaba encadenada a la vieja cama de hierro, mirándole fijamente… Estaba completamente desnuda, y tendió los brazos hacia el espía.

—Ray —susurró—… No te mentí en lo nuestro… ¡No en eso! Él se acercó, y se quedó mirándola, demudado el rostro.

—¿Qué pretendes ahora? —jadeó—. ¿Es otro truco, para volver a engañarme, para que te suelte?

—No… No, amor mío, no… Solo quiero darte ahora lo que no te

di el otro día… No sé lo que será de nosotros, pero pase lo que pase, quiero que… que quedes convencido de que te amo… ¡Te amo tanto, Ray…!

Raymond Hackman se inclinó hacia la boca de Ana Borrero. No pudo ni quiso contenerse…

Dentro de él sentía aquel fuego que creía que había sido extinguido por la acción de Ana días atrás… Pero no, el fuego no estaba extinguido. Su boca llegó a la de Ana, notó en su cuello los brazos desnudos de ella, como una caricia de seda… Mientras acariciaba las turgentes formas de la muchacha, el suspiro de ella penetró en su cuerpo, dulce y tibio, como una promesa de entrega total, de amor… Un amor que, muy pronto, Raymond Hackman tuvo que comprender que no podía ser fingido.

Y todo él estalló en un volcán de apasionado amor…

7

La primera granada estalló muy cerca del montón de matorrales apilados camuflando la camioneta. Apareció una pequeña bola de fuego que se dispersó enseguida como rojas estrías ardientes… A la roja luz de la explosión, se vio al oficial que comandaba el grupo de soldados que protegían la camioneta, saltando debido al tremendo susto, desencajadas de pronto sus facciones.

Su boca se abrió, gritando unas órdenes, pero los soldados no pudieron oírlas, porque casi enseguida estalló otra granada, muy cerca de un grupo de ellos que se estaban poniendo en pie, y los derribó violentamente. Luego, sí, hubo tres o cuatro segundos durante los cuales los soldados pudieron oír las órdenes del oficial, sus instrucciones; instrucciones innecesarias, puesto que todos se estaban poniendo a cubierto…, aunque no sabían de qué ni dónde debían hacerlo para proteger sus vidas.

El desconcierto era total. Se oían gritos, chocar de armas, arbustos pisoteados, disparos…

—¡No disparen! —Aullaba el oficial—. ¡No disparen, van a matarse entre ustedes! ¡Sargento Vélez!

—¡A la orden, mi capitán! —Llegó una crispada voz.

—¡Distribuya a los sold…!

¡Boum!, estalló entonces la tercera granada, tan cerca de la camioneta que esta se movió, y algunos de los arbustos fueron arrancados de encima.

—¡Sepárense! —Aullaba el oficial—. ¡Formen el círculo que…!

¡Boum!, cayó la cuarta granada, ahora justo encima de la camioneta, reventando su techo, que por un instante pareció una roja flor abierta, rodeada de miles de chispas. El oficial fue despedido de espaldas por la onda expansiva, mientras el fuego prendía rápidamente en los matorrales del camuflaje… El depósito de gasolina de la camioneta fue alcanzado solo tres o cuatro

segundos más tarde por el intenso calor del fuego, y estalló fuertemente, lanzando extraños meteoritos rojos hacia todos lados. El fuego líquido se extendió sobre las cajas que contenían los billetes, que comenzaron a arder a su vez…, mientras otra granada caía en pleno centro de la ya reventada camioneta, que se convirtió en una enorme antorcha que iluminó el terreno montañoso en muchos metros a la redonda.

A unos quince metros de la camioneta, el oficial y algunos soldados se pusieron en pie, tambaleándose.

—¡El fuego! —gritó el oficial destempladamente—. ¡Hay que apagar ese fuego!

Los soldados que estaban cerca de él le miraron incrédulamente. ¿Apagar aquel fuego? ¡Pero si era enorme, si estaba haciendo arder los matorrales allí apilados, y estaba incluso alcanzado los árboles! ¿Cómo demonios quería el capitán que apagasen aquel fuego?

Algo alejados de este, sonaron más disparos, que el oficial identificó como pertenecientes a las armas de dotación de sus soldados. Un poco más lejos, se oyó el tableteo de una metralleta…, arma que, ciertamente, no formaba parte de la dotación de la tropa. El fuego crujía, terrible, obligando a todos a alejarse de él, hacia la zona donde sonaban los disparos.

—¡Mi capitán! —Llegó una voz—. ¡Los he visto, están huyendo! ¡Están por…!

Su voz se quebró en un grito de dolor. El oficial comenzó a dar órdenes de nuevo, ahora en el sentido de recurrir a las armas para repeler la agresión; agresión que todavía nadie sabía bien por dónde había llegado. Pero, guiados por los tableteos de las metralletas, los soldados se desplazaron a aquella zona, que estaba dentro del círculo de luz proporcionado por la ardiente camioneta.

El oficial tropezó con algo en el suelo, y cayó de rodillas. Un instante más tarde, veía a uno de sus soldados, caído de bruces ante él. Y solo un par de metros más allá, otro hombre, pero este sin uniforme. Gateando, el oficial llegó junto a este hombre, y se quedó mirando, atónito, el rostro: era un hombre de raza china, que todavía empuñaba una metralleta con sus crispadas manos.

—La madre que lo parió —jadeó el oficial—… Pero ¿qué hace aquí este chino…?

Ya casi no se oían las metralletas, pero sí los fusiles de los

soldados, en descargas cada vez más nutridas. El estupefacto oficial se puso en pie, dispuesto a tomar el mando, como era su obligación. Pero, cuando volvió un instante la cabeza, y vio la enorme hoguera en la que ardía la camioneta, comprendió que, pasase lo que pasase a partir de aquel momento, él había fracasado.

* * *

A conveniente distancia, Truman Toledo contemplaba el fuego que envolvía la camioneta, y que comenzaba a ser ya dominado por los soldados de aquel destacamento, y los que habían acudido rápidamente desde otras posiciones cercanas a la frontera con Riontina. Se estaban cavando zanjas alrededor de la zona incendiada, y de un momento a otro se esperaba la llegada de un par de aviones-cuba que dejarían caer varias toneladas de agua sobre las llamas, que si bien cedían en la camioneta, continuaban extendiéndose por el bosque.

Por fin, Toledo miró al oficial, que permanecía en pie a su lado, rígido y lívido como una estatua de yeso. Truman Toledo habría querido poder descargar su furia y su despecho sobre el joven oficial, pero era demasiado honesto para hacerlo. El oficial había cumplido todas las instrucciones, había colocado puestos de guardia, lo había hecho todo bien… ¿Acaso se le podía exigir que él personalmente hubiese estado controlando todos los puestos de guardia? ¿Acaso se le podía culpar que dos de los centinelas hubiesen sido degollados en la oscuridad del círculo militar tendido en torno a la camioneta?

—Estaré en el hotel —murmuró Toledo—… Vaya allí a darme el parte definitivo cuando todo esté controlado.

—Sí señor —musitó el oficial, sin moverse, sin mirarlo.

Toledo se alejó unos pasos, pero se volvió de pronto.

—Reaccione —gruñó—. Ya nada tiene remedio.

El oficial se volvió.

—Señor, pongo mi grado a disposición de…

—¡Váyase al demonio! —Casi gritó Toledo—. ¿Quién le ha pedido a usted su grado, ni cualquier otra cosa?

—Mi obligación…

Toledo soltó un bufido, dio media vuelta, y continuó alejándose,

descendiendo por la montaña hacia donde había dejado el coche. Eran casi las dos de la madrugada. Hacia las dos y media, llegaba al hotel El Zaguayo, sentado junto a Lavinio, que conducía. En el asiento de atrás iban los otros dos guardaespaldas, todos sombríos, silenciosos. Cuando el coche se detuvo y Lavinio apagó el motor, el silencio se notó denso, pesado, en el interior del vehículo. Tampoco se oía nada afuera, ni un solo ruido. Un poco más allá, las aguas del lago Argente reflejaban miles de estrellas que llenaban el limpísimo cielo de negrura infinita.

—Esperad aquí —dijo de pronto Toledo—. Tengo que telefonear y según lo que hable con cierta persona, quizá tengamos que viajar.

Entró en el hotel, y poco después en su habitación. Encendió la luz, fue a sentarse en el borde de la cama, y descolgó el auricular del teléfono… Miró su reloj, vaciló, y volvió a colocar el auricular en su sitio.

—¿Por qué no llama? —Oyó la voz conocida—. Para los asuntos importantes no existen horas intempestivas, señor Toledo.

Truman se volvió vivamente, y se quedó mirando, con sobresalto a la hermosa rubia que a su vez le contemplaba desde la puerta de cuarto de baño.

—Otra vez usted —murmuró el zocoguayo.

—En efecto. Vamos, llame a Orestes Borrero.

—¿A quién? —Palideció Toledo—. ¡Usted no sabe lo que dice!

Lili Connors, alias Baby, por verdadero nombre Brigitte Montfort, fue a sentarse en la butaquita, abrió el maletín, sacó cigarrillos, encendió dos, y tendió uno a Truman Toledo, que lo aceptó con gesto ausente.

—Tengo una oferta inmejorable para usted, señor Toledo —dijo sosegadamente la espía internacional—: mi ayuda y colaboración hasta el último instante. Y ello, a cambio de una sola condición: quiero la verdad. ¿Acepta?

—No necesito su ayuda para nada… ya.

—Error. Un error tan grave como el que cometió la otra vez al no confiar plenamente en mí. Voy a explicarle cómo están las cosas. He recuperado a mi compañero de la CIA Raymond Hackman, quien, en estos momentos, está constituido en carcelero de Ana Borrero. Mientras tanto, otros compañeros están vigilando la casa de Orestes Borrero, de modo que si este intentase salir de ella sería

capturado. Con esto, bien sabe usted que queda desconectado de sus cómplices en Riontina. Por otra parte, acaba de perder usted los mil millones de pesos, consumidos en un violento incendio que todavía puede causar problemas en las montañas. En resumen; usted ya no tiene nada: ni cómplices, ni dinero, ni posibilidad alguna de continuar adelante con este asunto. Solamente le quedo yo, que puedo resolverle todos sus problemas.

—Es usted muy jactanciosa —sonrió secamente Toledo.

—Reconozco que es cierto, en ocasiones. Pero nunca me he jactado de nada que no haya hecho o que no esté en disposición de conseguir. Señor Toledo: está usted hablando con la agente Baby, la espía que lleva más de quince años resolviendo problemas incluso mayores que el que le tiene a usted tan derrotado.

—¡Usted y su maldita CIA! —Rugió de pronto Toledo, relucientes sus ojos tras los cristales de los lentes—. ¡Han llegado hasta la cochinada de contratar chinos para…!

—No. Esos chinos que han destruido el dinero no estaban siguiendo instrucciones de la CIA, sino de un chino llamado Tsien Me, agente del Lien Lo Pou. Un chino muy listo. Mucho.

—¿Pero no tanto como usted?

—Exactamente —sonrió Baby—: no tanto como yo.

—Palabras… ¡Solo palabras! No es usted tan lista como cree. ¡Y le aseguro que no pienso confiar en usted, pase lo que pase!

—Vamos a orientar esta entrevista de otro modo —dijo Baby, provista de gran paciencia—… Si yo le explico a usted todo lo que creo saber del asunto, y acierto en todo… ¿se sincerará usted conmigo?

—Usted no sabe nada de nada… en lo que se refiere a la verdad.

—Nuevo error. ¿Acepta el trato?

—No pierdo nada escuchándola.

—Este es su primer acierto. Veamos… Perdone un momento.

En el escote de Lili Connors había sonado un suave zumbido. Ella sacó la radio, y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Han llamado los nuestros desde Riontina, utilizando la onda de extensión: Orestes Borrero ha salido de su casa poco después de la una de la madrugada, y ha ido a la casa donde tenían a Hackman. Conforme a sus instrucciones, han seguido a Borrero, y lo

han capturado, así que lo tenemos a nuestra disposición en aquella casa.

—Gracias, Simón. Siga esperándome: terminaré pronto con el señor Toledo. —Cerró la radio, la guardó, y miró amablemente a Truman Toledo, que estaba pálido como un muerto—… Supongo que ha oído usted bien, amigo Truman. Y que ha entendido, ya que mis compañeros y yo estamos hablando en español.

—Eso es mentira —jadeó Toledo—… ¡Es una treta de ustedes!

—Su actitud es absurda. ¿Cómo quiere que le demuestre que tenemos a Orestes y Ana Borrero? ¿Quizá querría venir conmigo a verlos?

—Eso sería interesante.

—Nada más sencillo: si no tiene miedo, venga conmigo. Y no tengo el menor inconveniente en que nos acompañen el dormilón Lavinio y sus otros dos protectores. Solo tenemos que bajar adonde ellos le están esperando, subir a su coche, y emprender camino hacia Riontina en pos del coche en el que me esperan dos de mis compañeros de la CIA. Le garantizo que el viaje vale la pena…

8

El coche se detuvo delante de la hermosa casa cercana al mar, y Lili Connors se apeó.

En el porche de la casa estaba esperando Rafael Sanabria, que acudió rápidamente a su encuentro, sonriente.

—La están esperando —dijo.

Lili asintió, sonriente, y fue hacia la casa. Segundos más tarde, entraba en el salón, donde, como la primera vez, estaban esperándola el presidente de Riontina, Niceto Melgares, y Orestes Borrero, Luis Pombo y Juan Navarro. En esta ocasión, la expresión de los cuatro hombres era mucho más tranquila y satisfecha. Hubo alegres saludos, sonrisas, y enseguida, Lili se sentó en uno de los sillones.

—Bien —comenzó a hablar—… Aunque esta madrugada le expliqué todo a Rafael, y sé que él les ha traspasado a ustedes el informe, quizá quieran alguna aclaración directa, caballeros.

—No hace falta —dijo Melgares—… Lo hemos entendido todo muy bien: el asunto se ha solucionado gracias a los chinos.

—Sí —frunció el ceño Lili—… Pese a que su jefe, el llamado Tsien Me, falleció y quedó convertido en cenizas en el incendio de su guarida, es evidente que sus hombres tenían instrucciones concretas sobre el asunto, y, tras localizar el lugar donde estaba la camioneta con el dinero, quisieron apoderarse de él. Era un buen golpe, y si lo hubiesen conseguido, habrían tenido un… arma para presionar a Riontina con vistas a desconocidos planes de China en este país. Sin embargo, no pudieron conseguir el dinero, así que tuvieron que conformarse con destruirlo.

—Con lo cual —saltó Navarro, alegremente—, los chinos han hecho un gran favor a Riontina, sin proponérselo.

—Así son los inescrutables designios del espionaje —sonrió la divina espía—… A veces, beneficiamos a quienes queremos

perjudicar…, y viceversa. Lo que siento es que mi participación no ha sido todo lo brillante que yo hubiera querido. Digamos que, por una vez, la agente Baby no ha estado a la altura de las circunstancias.

—Oh, vamos, no se lo tome así —sonrió Luis Pombo—… Lo que importaba era resolver el problema, y eso se ha conseguido. Puesto que el dinero ya no existe, no tenemos que entregar nuestro oro a Zocoguay. ¡Eso era lo importante!

—Sin duda. Pero, para mí, también era importante encontrar a mi compañero Raymond Hackman… con vida. Lamentablemente, esa parte no ha tenido el mismo éxito.

—Lamentamos mucho lo ocurrido al señor Hackman —murmuró el presidente Melgares—… Seguramente, al adentrarse en territorio zocoguayo fue visto por algunos soldados, que le dieron el alto, y al no de tenerse, le dispararon.

Lili Connors suspiró.

—Pobre Hackman —se lamentó—… Más le valdría haberse entregado a los soldados, en lugar de escapar. Al menos, no habría muerto desangrado en las montañas. Mis compañeros que lo encontraron por pura casualidad, no querían que yo viese el cadáver… Y habría sido mejor para mí. ¡Debe de ser horrible morir desangrado y solo…! En fin, eso ya no tiene remedio.

—Supongo que no podemos hacer nada respecto a Hackman. Quiero decir que si tenía familia, nosotros podríamos…

—¿Dinero? No se preocupen por eso. Además, generalmente, los agentes del Grupo de Acción no tienen familia. Pero se me ocurre que sí podría usted hacer algo en compensación, señor presidente.

—Lo que sea. Pida lo que quiera, señorita Connors.

—Es respecto a la casa en la que Tsien Me tenía su tienda. Ya saben que quedó destruida… Me gustaría que las personas que vivían allí fuesen compensadas adecuadamente. Es decir, que se les proporcionase una nueva vivienda, y se les entregase el dinero necesario para reponer sus muebles, ropas y demás cosas que hay en una casa. Hasta pienso que se podrían retirar los escombros y edificar allí mismo otro edificio… más moderno y confortable.

—Prometido —rio Melgares—… Y además, me ocuparé de ello inmediatamente… y personalmente.

—Gracias. Bien, caballeros, si no desean nada más de mí,

regreso a Estados Unidos. Hace un hermoso día, tan alegre y soleado que de buena gana me quedaría en estas playas a descansar un poco, pero… mucho me temo que mis jefes me estén esperando para encargarme alguna misión…, que espero solucionar con más fortuna personal que en esta ocasión.

—No tenemos ninguna queja de usted —sonrió amablemente Niceto Melgares—, y así lo comunicaremos a nuestros amigos de Washington.

—Muy amables. Ha sido un placer conocerles, caballeros.

La espía estrechó la mano a los cuatro hombres, y salió de la casa, acompañada de Sanabria, que la llevaría al aeropuerto, donde tomaría el avión hacia Rio de Janeiro para, desde allí, tomar otro avión hacia los Estados Unidos.

Desde una ventana, Juan Navarro estuvo mirando el coche en el que se alejaba Lili Connors, hasta que lo perdió de vista. Entonces, se volvió, sonriente…, y los otros tres también sonrieron. Niceto Melgares incluso soltó, finalmente, una estentórea carcajada.

—Voy a llamar por teléfono —dijo acto seguido.

Se acercó al aparato, marcó un número, y obtuvo respuesta inmediata.

—¿…?

—Quiero hablar con Tsien Me —pidió.

Hubo una espera de unos cuantos segundos hasta que la voz de Tsien Me sonara en el aparato.

—…

—Hola, Tsien Me. Soy yo. Todo está bien.

—¿…?

—Seguro completamente. ¿Cuándo hacemos el canje?

—¿…?

—De acuerdo.

—¿…?

—No, no, esté tranquilo. Ella cree que usted quedó convertido en cenizas en el incendio. Pero, desde luego, no cometa el error de molestarla…

—¡…!

—¡No me importa que ella sea Baby, y que su servicio desee cazarla hace años! La dejarán marchar tranquilamente, y si pierden su pista, pues lo siento, pero así tiene que ser. Si algo le sucedía a

Baby ahora que todo parece solucionado, las cosas se complicarían…, y ya ha habido bastantes complicaciones, ¿no le parece? Así que olvídese de la posibilidad de cazar a Baby y cíñase al negocio que tenemos en marcha.

—…

—Exactamente. Y por mi parte, nada más. Quedamos esperando su llamada para el canje. ¿Algo que añadir?

—…

—Pues adiós.

Niceto Melgares colgó el auricular, todavía fruncido el ceño. Luis Pombo propuso:

—Esto habría que celebrarlo, Niceto.

—Todavía no —murmuró el presidente de Riontina—… Hay algo en lo que, ahora que ya está todo solucionado, tenemos que insistir: ¿de dónde sacaron los zocoguayos los mil millones de pesos?

Los otros tres se quedaron mirándolo fijamente. Niceto Melgares encendió un habano, y los fue mirando de uno en uno. Parecía que nadie tenía nada que decir, así que tomó de nuevo la palabra.

—Esa emisión «fantasma» solo pudo salir de La Casa de la Moneda. Aunque hayamos hecho lo posible por convencer a Baby de lo contrario, aunque nosotros no hayamos insistido en ello durante estos días de tensión, sabemos que la emisión «fantasma» solo pudo salir de nuestra Casa de la Moneda. Y para ello, tenía que ser una operación ideada y dirigida por uno de vosotros tres.

De nuevo se quedó mirando a Orestes Borrero, Juan Navarro y Luis Pombo. Fue este último quien murmuró:

—¿Por qué habríamos de hacer eso, Niceto?

—Muy sencillo: porque si esa jugada salía bien, el que la hubiese ideado y puesto en práctica sería quien se quedaría con todo el oro. Nosotros cuatro, a fin de evitar males mayores, habríamos tenido que entregar el oro a Truman Toledo. Lo que significaría, obviamente, que el negocio a repartir entre los cuatro se habría desvanecido. Pero, en cambio, Truman Toledo, en complicidad con el inventor de la idea, tendría todo el oro, y solo serían dos a repartir. Para ello, el «genio» en cuestión puso en marcha dentro de La Casa de la Moneda esa emisión fantasma de mil millones de pesos, y se los entregó a Truman Toledo, que a cambio, quería el

oro. Una gran jugada. Casi tan buena como la primera que nos unió, esto es, sacar todo el oro del sótano de La Casa, e ir colocando en su lugar lingotes de hierro con un baño de oro. Esta era nuestra buena idea inicial: dejar para siempre en La Casa lingotes de hierro chapados en oro, y nosotros vendernos el oro a los chinos, por la mitad de su valor-oro a cobrar en dólares americanos. Es decir, cincuenta millones de dólares para los cuatro, colocados en un banco brasileño en cuanto hubiésemos cobrado de Tsien Me. Pero alguno de vosotros tres hizo su propia jugada…, que le ha salido mal. Cuando recurrimos a la CIA, lo hicimos sinceramente, pues queríamos que el servicio secreto americano recuperase esos billetes, o los destruyese. La CIA no ha podido hacerlo, pero sí los chinos… Si no se hubiese conseguido esto, habríamos tenido que sacar el oro auténtico del escondrijo al que lo fuimos llevando, a fin de pagar a Truman Toledo e impedir una catástrofe nacional, ya que, claro está, en esas circunstancias no podíamos seguir reteniendo el oro para venderlo a los chinos…

—Pudo haber sido una jugada de los chinos —insinuó Navarro.

—No. Los chinos están comprando oro a países como el nuestro, a fin de aumentar sus reservas, hasta convertirlas en las más importantes del mundo. Hacen un gran negocio, puesto que pagan el oro a la mitad de su valor legal. Pero eso a nosotros no nos importa. Nosotros, los cuatro, queríamos vender el oro de Riontina, repartirnos cincuenta millones de dólares USA entre los cuatro, y que en las cámaras de La Casa se quedaran para siempre lingotes de hierro chapados en oro. Era un buen plan…, que ha estado a punto de venirse abajo al tener Truman Toledo billetes emitidos por La Casa y exigirnos el oro a cambio de ellos. Insisto: uno de vosotros tres ha querido hacer su propia jugada recurriendo a la complicidad de Truman Toledo, así que efectuó una emisión fantasma, se la entregó a Toledo…, y esperaba conseguir así todo el oro auténtico, para él y Toledo. Es decir, que habría tenido el doble. Y los otros tres de nosotros nos habríamos quedado con cien palmos de narices. Muy bien, la jugada le ha salido mal… ¡Y no se os ocurra decir a ninguno de vosotros que han sido los chinos! ¿De dónde habrían podido sacar ellos el dinero impreso en La Casa? Nada de los chinos, amigos míos… Ha sido uno de vosotros tres. Bien: ¿cuál de vosotros fue el que hizo esa emisión fantasma y la entregó a

Truman Toledo?

—Vamos, Niceto —farfulló Pombo—, tú no puedes pensar…

—A mí se me está ocurriendo algo que… —empezó Orestes Borrero—… Bueno, no es que pretenda acusar a nadie, Niceto, pero…

—Yo estoy dispuesto a escuchar todo lo que tengáis que decir —gruñó el presidente—. Pero sé que ha sido uno de vosotros tres. ¿O quizá los tres os habéis confabulado contra mí? ¿Queríais dejarme fuera del negocio?

—¡Estás loco! —Gruñó Navarro—. ¡Claro que no se nos ha ocurrido semejante cosa, ni remotamente!

—Mejor para todos. ¿Qué ibas a decir tú, Orestes?

—Bueno… En realidad, nada… No, nada.

—Quiero escuchar lo que has pensado —ordenó secamente Niceto Melgares.

—Es que… Bueno, una tontería, claro… Mira, no es que pretenda salvarme yo al decir lo que voy a decir, pero…

—¡Al grano, maldita sea!

—Está bien. La pregunta que yo me hago es: ¿quién de nosotros fue sacando subrepticiamente el oro en lingotes de La Casa, durante más de medio año?

Hubo un instante de silencio.

Luego, todos miraron a Juan Navarro, que se dio cuenta de ello, se irguió alarmado, palideció…

—Un momento —tartamudeó—… ¡Un momento! Yo… yo fui sacando los lingotes, dejando en su lugar los otros, pe… pero no… no… no hice nada más que eso… ¡Nada más que eso!

—Nadie te está acusando, Juan —murmuró Orestes—… Solo se me ha ocurrido pensar que quien fue sacando el oro, utilizando todo el discretísimo sistema que habíamos montado nosotros para ello…, bien pudo sacar también los billetes que, como uno de los jefes de La Casa, pudo ir imprimiendo.

—¡No! —gritó Juan Navarro—. ¡No, no, no!

—No te lo tomes así, Juan. Yo no he dicho… Bueno, Niceto tiene razón, alguien tuvo que imprimir y sacar el dinero… con el mismo sigilo con que se fue sacando el oro. Y el oro lo sacaste tú… Bueno, lo que yo quiero decir…

—Maldito embustero —jadeó Navarro—… ¡Maldito puerco, te

voy a…! Temblando de ira, fuera de sí, Juan Navarro saltó hacia Orestes Borrero, con las manos crispadas tendidas hacia el…

Pero ni siquiera llegó a dar tres pasos.

¡Crack!, crujió el seco disparo, fortísimo. Pareció que el estampido tenía que llegar muy lejos, pero en realidad, apenas debió de salir de la casa, que a su vez, estaba en un discreto lugar, frente a la playa. La bala disparada por Niceto Melgares acertó a Juan Navarro de lleno en el corazón, y lo tiró hacia atrás violentamente, haciéndolo rodar por el suelo. Luego, un denso silencio, que el propio presidente de Riontina rompió, con un murmullo:

—Había traído la pistola porque sabía que teníamos entre nosotros a un traidor, y esto había que resolverlo así. Nos las arreglaremos para fingir un accidente… ¿Estáis todos de acuerdo?

—Él se lo ha buscado —susurró Luis Pombo.

9

El camión se detuvo cerca de la playa, en el límite del arbolado. En la cabina iban solamente tres hombres: Niceto Melgares, Luis Pombo y Orestes Borrero. Este era quien conducía, y, tras frenar, hizo una señal con las luces largas. Desde el mar llegó enseguida la misma señal, con una sola luz. Luego, en el silencio, llegó el poderoso zumbido de los dos motores gemelos de una lancha, cuya blanca forma comenzó a resaltar pronto sobre las negras aguas salpicadas de luz estelar.

—Ahí llega Tsien Me —dijo Melgares—… ¡Pronto habrá terminado todo! Orestes, pon el camión con la parte de atrás hacia la playa, ahora que ya has hecho la señal.

—Enseguida —sonrió Orestes.

La maniobra fue rápidamente realizada. Luego, los tres hombres saltaron del camión, y se acercaron a la arena. La lancha se iba acercando rápidamente, dejando un corte de blanca espuma en el mar.

—Será mejor que comencemos a descargar los lingotes mientras ellos llegan —dijo Orestes—: cuanto menos tiempo estemos en este lugar, mejor para todos.

—Tienes razón —asintió Pombo.

Fueron a la parte de atrás del camión, abrieron las puertas, y comenzaron a descargar los lingotes, que fueron depositando en el suelo, bien apilados. Muy pronto, la lancha llegó a la playa, y de ella saltaron varios hombres, que corrieron rápidamente hacia el camión… No menos de diez chinos se apresuraron a ayudar los tres riontinos en la descarga, sin decir una sola palabra.

Estos dejaron aquel trabajo para encararse con Tsien Me, que llegaba más despaciosamente que sus hombres.

—¿Todo está bien? —preguntó.

—Desde luego —asintió Melgares—… ¿Ha traído el dinero?

—Antes quiero ver el oro.

—A su gusto.

Provisto de una linterna, Tsien Me estuvo más de cinco minutos dedicado a examinar los lingotes de oro, que iba escogiendo al azar a medida que sus hombres los iban descargando. No cabía la menor duda: eran auténticos lingotes de oro, las reservas de La Casa de la Moneda de Riontina. Habría sido una increíble casualidad que precisamente fuesen de oro los lingotes que examinaba al azar Tsien Me y los demás fuesen falsos.

Así que, por fin, Tsien Me asintió con la cabeza, se volvió hacia la gran lancha, e hizo señales con la linterna. Enseguida, Melgares, Pombo y Borrero vieron cómo dos hombres, portando cada uno una gran maleta, saltaban desde la lancha a la playa, y se acercaban, vacilando sobre la arena debido al peso de las maletas. Llegaron ante ellos y depositaron las maletas en el suelo. Tsien Me entregó la linterna a Melgares, las maletas fueron abiertas, y les llegó el turno a los billetes de ser examinados.

—Son auténticos y la cantidad es la correcta —dijo Tsien Me—. Tal como convinimos, espero que, de un modo discreto a su elección, me busquen contactos con otros personajes suramericanos que estén dispuestos a vender el oro de sus reservas.

—Lo haremos —asintió Melgares—… Pero nos gustaría saber qué pretenden ustedes con esto, Tsien Me. ¿Por qué quieren comprar todo el oro de los pequeños estados suramericanos?

—En primer lugar, admitirán ustedes que comprarlo a mitad de precio es un buen negocio —se vio la sonrisa del chino—… Y en segundo lugar, espero que me disculpen si no los pongo al corriente de los planes de mis superiores, señor presidente. Claro está, ustedes ya han tenido que comprender que este es solo el principio de un plan a largo plazo, al término del cual China tendrá… toda una serie de posibilidades en Suramérica. Digamos que quizás, alguna vez, podamos devolver el oro a los respectivos países a cambio… de determinadas concesiones de toda índole: política, económica, militar, social… Cuando eso suceda, sin embargo, ustedes ya estarán gozando de la fortuna que hoy les entrego en dólares americanos.

En la semioscuridad, los tres riontinos cambiaron unas miradas. Luego, volvieron a colaborar en la descarga del oro. Incluso Tsien

Me colaboró. Cuando todo el oro estuvo en el suelo, tiraron las maletas con el dinero dentro del camión, las puertas fueron cerradas, y los tres suramericanos se despidieron de Tsien Me.

—No se entretengan —pidió Melgares—: carguen rápidamente el oro en esa lancha, y desaparezcan cuanto antes. En cuanto a nosotros, si no tiene nada que consultarnos, Tsien Me, nos vamos inmediatamente.

—Todo está ya entendido —movió la cabeza el chino—… Sobre todo, recuerden: agradecería muchos contactos bien preparados con personas como ustedes de otros países suramericanos. Espero poder comunicarme con ustedes dentro de un par de meses.

No había nada más que decir. Melgares, Borrero y Pombo subieron al camión, y emprendieron el regreso. Tinama quedaba muy lejos de allí, pero tenían tiempo de sobra. Llegarían antes del amanecer al lugar donde tenían que despeñar el camión, cerca de donde habían dejado el coche con el que, todavía de noche, llegarían cerca de Tinama, al lugar donde, a su vez, cada uno había dejado su coche…

Primero, aislado, nítido, oyeron un solo disparo, de pronto. Acto seguido, sonó la descarga, y luego una intensa refriega, a espaldas de ellos, en la playa donde habían quedado los chinos. Orestes Borrero metió el pie en el freno, y el camión se detuvo. Los disparos llegaban ahora mucho más audibles, al parar el motor del camión.

—¿Qué pasa? —exclamó Pombo, palidísimo.

De la oscuridad partieron súbitamente varios focos de intensa luz, que atraparon de lleno al camión. Los tres hombres se protegieron los ojos con las manos. Oyeron algunas voces, y luego las portezuelas del camión al ser abiertas, y enseguida la voz recia y firme:

—Bajen del camión, pronto.

El primero en bajar fue Orestes Borrero. Frente a él, un oficial del Ejército le apuntaba con un subfusil. Melgares y Pombo bajaron por el otro lado. La intensidad de los focos era tal que no podían mantener los ojos abiertos…, aunque sí lo suficiente para ver a su alrededor gran cantidad de soldados, todos ellos apuntándoles con sus armas.

—¿Qué ocurre? —gritó Melgares—. ¡Soy Niceto Melgares, el presidente…!

—Lo sabemos, señor. —Una mano le agarró de un brazo, y tiró de él—. Venga, por favor. Ustedes también.

Muy pronto, fueron apartados de la zona tan intensamente iluminada. Llegaron a un pequeño calvero, alejado unos sesenta metros del camión…, mientras a lo lejos continuaban oyéndose disparos, pero cada vez más espaciados. Cuando en aquel pequeño calvero se encendieron las luces de un automóvil, Melgares, Borrero y Pombo pudieron ver a aquellas personas sentadas en el suelo, sobre la hierba, tranquilamente. Pombo y Melgares lanzaron una exclamación, al identificar inmediatamente a todas aquellas personas: altos diplomáticos de su país, generales del Ejército, miembros del Gobierno… Por detrás de los tres hombres llegaron unos soldados, que depositaron las maletas en el suelo y las abrieron, volcando sobre la hierba los fajos de billetes norteamericanos.

Niceto Melgares sentía como si le estuviesen golpeando en la cabeza con una maza. A cada segundo, era como si recibiese un golpe cada vez más fuerte, que iba convirtiendo su cerebro en papilla. Había cerrado los ojos, como queriendo borrar aquellas visiones, como queriendo convertirlo todo en un sueño, en una pesadilla.

Pero no.

No era un sueño, aunque sí en cierto modo una pesadilla. Cuando abrió los ojos vio ante sí a la persona que menos habría esperado encontrarse allí.

Estaba frente a él, con medio rostro iluminado por las luces del coche. Sus rubios cabellos parecían más que nunca de auténtico oro.

—Señorita Connors… —Acertó a balbucear Melgares.

—Agente Baby, para usted, señor Melgares.

—Pero usted… usted… ¡está en Estados Unidos!

—En ese caso, no cabe duda de que tengo el don de la ubicuidad, señor Melgares, porque, evidentemente, también estoy aquí. Soy tan real como las personas que está usted viendo sentadas detrás de mí… y contemplándole de frente. El general Achúcaro ha tenido la amabilidad de cederme la iniciativa para la fase final de este asunto.

—Usted… usted está en Estados Unidos…

—Viajo mucho —sonrió gélidamente la espía más implacable de

mundo—. Con una simple llamada por la radio, ya convenida, tomo un avión y me presento en cualquier lugar del mundo. A propósito: gracias por su llamada, señor Borrero.

—Eso fue lo convenido —dijo Orestes Borrero—: en cuanto Tsien Me nos avisara para hacer el canje del oro por el dinero, tenía que avisar a Simón, y este a usted. Celebro que haya llegado a tiempo. ¿No ha venido Truman Toledo?

—Estoy aquí, Orestes —se oyó la voz de Toledo, entre las personas sentadas.

Orestes Borrero fue hacia allá. La pequeña figura de Truman Toledo se puso en pie, y ambos hombres se abrazaron.

Niceto Melgares y Luis Pombo permanecían inmóviles, como petrificados, cada vez más pálidos.

—Espero que ya hayan comprendido —oyeron la voz de Baby.

—¿Qué…? No… no comprendemos nada…

—¿De veras? Bien, la persona que imprimió la emisión fantasma fue Orestes Borrero, pero no podía decirlo, porque entonces ustedes hubiesen tomado represalias contra él; y también lo habrían hecho si él se hubiese negado a secundar sus planes de vender el oro de La Casa de la Moneda. Sin embargo, Orestes Borrero no temía por su propia vida, sino por la de su familia, especialmente por la de su esposa. En sus condiciones, no podía huir con ella después de delatarles a ustedes: sabía que contratarían asesinos que acabarían con ellos. Así pues, mientras ustedes sacaban el oro, él sacaba la emisión fantasma. Objetivo: entregar ese dinero a su amigo personal Truman Toledo, quien, con la aquiescencia del presidente de Zocoguay, aceptó todo el plan para evitar la ruina de Riontina…, que habría sido el preludio de la de Zocoguay… ¿No es cierto que algo así estaba tramando Tsien Me, señor Borrero?

—Sí —dijo este—… Es lo que usted supuso.

—Fantástico. ¿Comprende ahora, señor Melgares? Nada de violencias, ni de asesinatos, ni de represalias… Lo sencillo era poner el dinero en manos de Truman Toledo, y así, ustedes no habrían podido vender el oro a los chinos. Naturalmente, Toledo habría devuelto el oro a Riontina, habría explicado entonces la verdad, y ustedes habrían sido detenidos y juzgados. ¿Cómo no habrían de creer los riontinos al hombre que les devolvía su oro y hacía semejante acusación contra el presidente de Riontina? Entonces,

Orestes Borrero ya no habría tenido que temer nada de ustedes. Pero de otro modo, sí… Ama demasiado a su esposa para arriesgarla. Por eso, cuando ustedes recurrieron a la CIA, él, ayudado por su hermana «retiró» de la circulación a Raymond Hackman, a fin de que no hiciese investigaciones. Pero, además, el señor Borrero no se sinceró con la CIA porque no confiaba en esta: en el fondo, él creía que todo eso de los chinos era… un cuento chino, y que eran precisamente los norteamericanos quienes estaban haciendo la jugada. Por eso, Orestes Borrero capturó a Hackman, y no quiso ser sincero conmigo, que, a fin de cuentas, era una enviada de la CIA. Pero finalmente, yo tomé la dirección del asunto, y llegamos a un acuerdo los señores Toledo, Borrero y yo…, y hemos seguido el juego. ¿Sabe para qué, señor Melgares?

—No… No.

—Para atraparlos a ustedes con las manos en la masa, como suele decirse. Y para recuperar el oro. Y para que el general Achúcaro y los demás señores que asisten a esta reunión no tuviesen la menor duda sobre nuestras explicaciones…, que ahora sobran. En estos momentos, señor Melgares, usted ha dejado de ser presidente de Riontina, y pasa a ocupar ese puesto el hombre que realmente se lo merece: Orestes Borrero En cuanto al dinero que veo esparcido por el suelo, espero que los señores de Zocoguay y Riontina sean tan educados de darles las gracias a China por el obsequio: cada país se quedará la mitad de este dinero…, y naturalmente, el oro volverá a La Casa de la Moneda. No envidio el breve futuro de ustedes.

Luis Pombo se llevó las manos a la cara, emitió un sollozo, y cayó de rodillas. Niceto Melgares permaneció en pie, pero tambaleante como un gigantesco árbol a punto de caer bajo el hacha.

—Respecto a Hackman, por supuesto que está vivo. Yo también sé mentir sobre la vida y la muerte, como Tsien Me. Comprendí que él estaba vivo muy pronto, y me convencí cuando los chinos dieron el golpe que dio lugar a la destrucción del dinero en las montañas: era una acción que solo podía haber dirigido un espía de categoría, y ese espía tenía que ser Tsien Me. Si no se encontraron sus restos en los escombro del incendio fue porque él no estaba allí. Yo ya lo intuía: si realmente hubiese querido suicidarse, la explosión no

habría tardado tanto en producirse desde que él se metió en su cuarto e hizo bajar la cortina metálica. Era absurdo que si él tenía que morir demorase la explosión tanto tiempo que la persona o personas que le habían colocado en la trampa tuviesen tiempo de escapar. Lo lógico era que las hiciese morir con él. Pero no fue así. La explosión tardó todavía unos minutos. ¿Por qué? Porque era el tiempo que Tsien Me necesitaba para salir de la casa por una salida secreta que ya nunca sabremos cuál era, puesto que la casa quedó convertida en escombros. Así que yo sabía que Tsien Me estaba vivo, y sabía también que no le interesaba que Riontina entregase el oro. ¿Por qué? Solo cabía una respuesta: porque el oro lo quería él. Pero en La Casa de la Moneda no había oro, sino lingotes de hierro chapados en oro. ¿Quién tenía el oro? Esta pregunta, y cierta actitud por parte del señor Borrero me fueron poniendo sobre la pista… Luego, nada más fácil que conversar con personas inteligentes, como los señores Borrero y Toledo para llegar a un acuerdo…, a fin de tender una trampa para quienes estaban dispuestos a vender la… salud económica de un pequeño país como Riontina. Ustedes no son fauna nueva para mí. He conocido ya otros bichos parecidos… Y como a los muchos bichos que he conocido antes, espero que los aplasten. ¿Tienen algo que decir?

El silencio era total. Ya no se oían disparos hacia la playa. Alrededor del grupo, los soldados, petrificados, seguían apuntando sus armas hacia su presidente, atónitos. Y así habrían permanecido todos, como estatuas, si no hubiesen oído pronto ruido de gente aproximándose.

El primero en aparecer en la luz fue Rafael Sanabria, seguido a solo un par de pasos por Simón-Tinama, que cojeaba levemente. El jefe del servicio secreto de Riontina se acercó a la señorita Connors, se plantó ante ella, y movió la cabeza, con gesto de pasmo. De pronto, sonrió, y tendió la diestra.

—Su más rendido admirador —exclamó—… Me alegro mucho de haber seguido todas sus instrucciones en todo momento.

—Gracias, Rafael. —Baby miró a Simón, y se pasó la lengua por los labios—… ¿Qué le ha ocurrido?

—Una pequeña herida en la pierna —encogió los hombros el agente de la CIA—. Pero peor lo ha pasado Tsien Me: esta vez no hay truco, la ha palmado. Quiero decir que ha muerto.

—Lo he entendido perfectamente. Vamos inmediatamente a que le curen esa herida… ¿Hemos tenido alguna baja? —preguntó de pronto, como temerosa, bajando la voz.

—Solo unos pocos heridos —sonrió Simón—: sus niños están bien.

—Reúnalos a todos y vámonos. —La divina espía sonrió luminosamente—: La CIA ya no tiene nada que hacer aquí.

Este es el final

—¿Pero volverá? —preguntó Marta Borrero.

—Algún día —sonrió Lili Connors—… Como soy una romántica sentimental, quizás acepte la invitación a la boda que me han hecho Ray y Ana.

—Ustedes han perdido un buen elemento en Ray Hackman —musitó Orestes Borrero.

—Quizás. Pero personalmente me siento contenta de que Raymond haya aceptado mi sugerencia. Cuando un empleado de la… Compañía está ya demasiado visto, lo mejor es retirarlo de la circulación. Aquí estará bien, con ustedes, y sobre todo con Ana… A propósito: ¿dónde están?

—Cualquiera sabe —rio Borrero—. Ya se despidieron de usted, así que en estos momentos, no seré yo quien los busque.

—Hará muy bien —rio Lili—. Bien…, hasta la vista.

—Vuelva pronto —le tendió Marta la mano.

—Haré lo posible. Ah, a propósito… Santo cielo, qué memoria la mía: ¡pero si nos veremos en Estados Unidos dentro de un mes!

—¿Qué? —Se sorprendió Borrero.

—No se lo he dicho a ustedes, ¿verdad? ¡Me estoy volviendo tan distraída…! Es sobre ese médico de Chicago que parece ser la gran esperanza para Marta: ¿no les he dicho que durante aquellos cinco días estuve a verlo en Chicago?

—No —tembló la voz de Borrero, que palideció—… No lo ha dicho.

—Pues estuve allí, y llegamos a un acuerdo. Él les escribirá pronto citándolos en su clínica de Chicago. Y por el precio no se preocupen.

—¿Cómo que no? —Casi gimió Borrero—. Aunque yo sea ahora presidente de Riontina, sigo siendo un hombre pobre, y…

—Tendrán todos los gastos pagados. Absolutamente todos.

—Pero… ¿quién lo paga todo?

—Una persona que tiene mucho más dinero del que necesita, y que de cuando en cuando hace cosas así. Oh, se me hace tarde para tomar el avión…

—Orestes —la mirada de Baby quedó fija, penetrante, en los ojos de Orestes Borrero—: espero que sea usted un buen presidente.

Sin esperar respuesta, salió de la casa. Afuera la esperaba Rafael Sanabria, que se apresuró a abrirle la portezuela del coche, se colocó luego ante el volante, y volvió la cabeza, sonriente.

—Soy un tipo de suerte —dijo—: acabo de nombrarme a mí mismo chófer personal de la agente Baby.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Chantaje atómico*. < <